



EL VIAJERO

Sigerist Rodriguez





EL VIAJERO

Sigerist Rodriguez

Sigerist Rodríguez
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798852802835

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

DEDICATORIA

A Mischa. Espero que algún día lo leas y te guste.

AGRADECIMIENTOS

A Olinto y Milva por sus revisiones y sugerencias.

A mi hermano, Miguel Alexander porque en una de nuestras tantas conversaciones nocturnas surgió la idea de escribir esta historia.

1 CICLO

Martín miraba absorto el suelo de mármol, mientras reflexionaba sobre lo caótico de sus formas y los patrones que —sin embargo— podía encontrar. «¿Es esto un caballo? ¿Aquello, la cabeza de un dragón? Estas líneas ya las había visto en otra baldosa... ¿o no?». En realidad trataba de apartar su mente del miedo: tenía miedo por primera vez desde que supo en lo que se había embarcado. *Shit got real* —pensó— cuando el gélido aire del laboratorio golpeó su rostro al momento en el que se abría la puerta, develando ante sí la cápsula; le resultaba curioso que nunca la hubiese visto antes, se veía más grande de lo que imaginaba. «Siéntese allí» le había dicho el doctor Atencio, con un dejo de calidez en su voz que contrastaba con la falta de cortesía en sus palabras, él había obedecido silente y ahora veía ardillas en las vetas del mármol. *Shit got real...* la frase volvía a su cabeza de vez en cuando. «¿En verdad voy a hacer esto?». Al principio pensó «alguien tiene que hacerlo», era la única posibilidad y quizás él era la única persona capaz, fue su idea y tenía que ejecutarla. Podía llegar a ser un héroe, no era la razón que lo impulsaba, pero podía llegar serlo. Y si esa no era la razón ¿por qué pensaba en ello? Habían pasado solo tres años desde que intentó convencerlos en ese mismo lugar, antes de que se llamara Laboratorio Ulises. Martín lo recordaba entonces.

—¡Esto es absurdo! —dijo Atencio, casi fuera de sí. Era la primera vez que alguien lo veía tan alterado—. —Es la única manera —Martín hablaba con resignación, sus codos apoyados en la mesa y la mirada perdida—.

—¿Cómo pueden mirarme a la cara y pedirme semejante cosa?

No lo estoy mirando —pensó Martín—.

—¿Puede repetir su historia doctor Martín? —intervino Rebeca Mieres, directora del proyecto Casandra—.

—¿¡Usted está hablando en serio!? ¡Es una atrocidad!

—¡Lo tengo claro! —interrumpió Mieres, dando un golpe a la mesa. Luego, retomando su serenidad habitual y con un atisbo de exhortación en sus palabras, habló—.

—No es una situación sencilla Atencio, he estado allí, he visto lo que dice Casandra. No hay dudas en la primera parte de la exposición del Doctor Martín, aunque quiero escuchar de nuevo la segunda. Adelante. Atencio se sentó con los labios apretados y entrecruzó los dedos para escuchar de nuevo a Martín; este último respiró profundamente y expulsó el aire por la boca con suavidad, la vista seguía clavada en el centro de la gran mesa de reuniones.

—Okey, Esta es la situación: un clúster de asteroides está viajando en dirección al sistema solar, no viene en dirección a la Tierra, pero no será necesario, los estragos que causará en los planetas exteriores desestabilizarán el sistema solar por completo y lo que quede de él colapsará sobre sí mismo en dirección al Sol. Por

supuesto, todos habremos muerto antes de que eso suceda, cuando la órbita de la Tierra sufra las primeras alteraciones, el desequilibrio geológico y ambiental será tal que la vida no será sostenible. El clúster debe ser destruido mucho antes de que se acerque al sistema solar, porque no sabemos qué dirección podrían tomar los fragmentos, así que la misión debe partir cuanto antes, para poder llegar a tiempo. Tenemos la tecnología para destruirlo, pero no la tecnología para enviar una misión en la actualidad que sea capaz interceptar el clúster dentro de ciento cincuenta años. Sin embargo, podemos enviar las naves hoy y dentro de cien años corregir su curso. Ahora bien, cien años es mucho tiempo, cualquier cosa puede pasar, el post-it con la nota “recuerda corregir el curso” podría despegarse, o alguien se puede quedar dormido, cualquier cosa puede pasar. Por eso, para asegurar el éxito de la misión, alguien de nuestra época y con el conocimiento sobre la misma deberá viajar cien años en el futuro y hacer la corrección, teniendo todos los datos y la información fresca. Y eso es todo. Una vez allá...

—Muchas gracias doctor Martín, puede retirarse —interrumpió Mieres y continuó como si ya se hubiese ido—. Lo que acabamos de escuchar es más que suficiente, estoy segura de que funcionará, nos aseguraremos de que así sea. Por favor caballeros, cerremos esto de una vez, no hay otra alternativa, lo saben tanto como yo... Y aún debemos discutir el tema del sincronizador de rotación terrestre, ese aparato va a terminar con mi cordura, así que nos espera una larga tarde.

Martín, que habló siempre con el mismo tono de resignación y que no había levantado su mirada de la mesa, asintió levemente al recibir la orden y se retiró. En su exposición también se había ofrecido como voluntario, para ser quien corriera con la responsabilidad. Estaba seguro de que esa era la única salida, no era valentía ni arrojo, era lógica, era lo que incrementarían las posibilidades de alcanzar el objetivo.

Nunca dudó de que era la mejor oportunidad, nunca dudó de su intención y de que estaba dispuesto a hacerlo. Nunca dudó antes, como lo hacía ahora, con la vista clavada en el suelo «¿En realidad voy a viajar en el tiempo?... Un pato, definitivamente eso de ahí es un pato».

Mientras esperaba, comprobó su reloj para chequear sus signos vitales.

26 de marzo de 2108

8:32 am

TC: 36.9 °C

TA: 139/88 mm Hg

FC: 102 ppm

FR: 18 rpm

OXM: 97 %

«Aceptable, supongo», se tronó los dedos al tiempo que comenzaba a ganarle la ansiedad. Ese día se había levantado a las 4:03 a.m., no era necesario madrugar, a fin de cuentas, podían partir a cualquier hora, sin embargo, no había vuelto a conciliar el sueño. Se quedó en la cama una hora más, intentando, sino dor-

mir, al menos descansar. No lo había logrado, tenía mucho en qué pensar, así que se levantó, se dio un baño e hizo una pequeña rutina de ejercicios, desde hacía dos años se ejercitaba con regularidad como parte de su preparación para la misión. Muchos de sus hábitos habían cambiado, atrás habían quedado las interminables horas sentado frente al computador sobreviviendo a base de refrescos y sándwiches de queso y mermelada. Su dieta era ahora más saludable y esa mañana había optado por un desayuno espartano: una manzana, frutos secos con pasas y un vaso de leche, sabía que necesitaría energía, pero no hubiese podido comer más.

Luego de comer se dio otro baño, «por el ejercicio» se dijo, justificándose ante esa otra parte suya que sabía que sólo lo hacía para hacer tiempo y calmarse un poco. Los nervios estaban empezando a acariciarle la nuca. Observaba como los minutos se arrastraban en el reloj, la aguja (porque quizás era la única persona que aún tenía un reloj analógico colgando en la pared) se movía con una lentitud agobiante. Irónico que en ese día cien años pasarían en un segundo.

Se paseó por la casa, acomodando cosas que ya estaban en su lugar, quería dejar todo en orden, aunque no hubiese a quien dejárselo. Deambuló hasta llegar al cuarto y se acostó en el centro de la cama con los brazos extendidos en cruz, mirando el techo; un campo blanco sin interrupciones, ya que la luz del lugar era indirecta. Reflexionaba sobre lo que se acercaba, agradeció no tener familia, no sabía cómo

enfrentarse a esto de tener familia, no sabría siquiera si se hubiese ofrecido. Sus pensamientos poco a poco se enrumbaron a destinos más triviales y al cabo de un rato se quedó dormido.

El sonido del teléfono lo despertó, un número desconocido le llamaba, aunque sabía que habían venido a buscarle. Se asomó por la ventana y una camioneta rotulada con la imagen corporativa de una planta nuclear y la palabra “MANTENIMIENTO” le esperaba en el frente. El proyecto Casandra era supersecreto y su tapadera era una planta nuclear, que en efecto operaba y proveía de energía a parte de la ciudad.

Aunque el destino no fueran las instalaciones de Casandra, Rebeca Mieres solía ocuparse de su gente. El trayecto transcurrió en silencio, su chofer apenas si había respondido a los «buenos días» que le dio Martín. El hombre al volante no tenía ninguna pinta de trabajar en una planta nuclear, si es que los empleados de plantas nucleares tienen alguna pinta específica. Era la primera vez que visitaba el edificio del proyecto Ulises, todo su entrenamiento había sido en un simulador en una ubicación clasificada.

El vehículo se detuvo frente al edificio de la Comisión para la Preservación del Medioambiente, tapadera del proyecto Ulises. Martín se apeó y dio las gracias sin esperar respuesta. Una vez dentro del desolado edificio inició el recorrido por un largo pasillo como se le había instruido hacer. Atravesó tres puertas de vidrio, cada una más oscura que la anterior. Al final del trayecto se encontró en un lobby circular donde

había una puerta de seguridad que, claramente, una comisión para la preservación del medioambiente no necesitaba. Martín caminó hasta detenerse frente a la puerta, de ella emergió el doctor Jesús Atencio ordenándole: «siéntese allí», para luego desaparecer tras la pesada puerta, Martín sintió que el gélido aire del laboratorio lo golpeaba en la cara, y durante un breve momento pudo divisar la capsula, *Shit got real*.

Sin saber exactamente dónde le había pedido Atencio que se sentara, miró a su alrededor y se decidió por un tándem de sillas algo alejado, allí se quedó sin nada más que hacer que esperar.

Los patrones en el piso de mármol captaron su atención.

2 VIAJE

—¡Doctor Martín! —Atencio lo llamó asomándose de nuevo por la puerta de seguridad—.

Martín se incorporó de un salto, olvidándose de los animales ocultos en el mármol. Caminaba enérgicamente a propósito, no quería que notaran que tenía miedo, entró a la pequeña sala de reuniones y permaneció de pie mientras el resto de las personas que estaban allí le observaban.

—Buenos días —balbuceó, sin saber qué otra cosa decir—.

—Tome asiento —dijo Atencio—.

Martín se sentó en una de las sillas que rodeaban la gran mesa redonda de caoba pulida. Se unía al grupo formado por el doctor Jesús Atencio, director del Proyecto Ulises; Rebeca Mieres, directora del proyecto Casandra y Felicia Manning, su compañera de apoyo táctico en el viaje.

—Es hora de que repasemos los puntos importantes de la misión. Una vez que hayan partido no podremos comunicarnos con ustedes y muy probablemente todos estemos muertos antes de saber si tuvieron éxito —dijo Mieres sin preámbulos.

—Es simple, viajaremos al momento destino, 17 de enero de 2212 a las 1600 horas y eliminaremos la amenaza principal. —Martín trataba de parecer relajado copiando el carácter destemplado de Manning—.

—¿La «amenaza principal»? ¿en serio? Estamos so-

los aquí, ¿no podemos llamar las cosas por su nombre? —replicó Manning—.

—La amenaza principal —subrayó Mieres clavándole la mirada—.

—OK, OK, *whatever*, pero ¿es necesario todo esto? Lo hemos repasado mil veces en simulaciones y ensayos, vayámonos de aquí y acabemos con esto... perdón, con «La amenaza principal».

El tono sarcástico de Manning no inmutó a Mieres, quien seguía mirándole con ojos relampagueantes; la directora miró de reojo a Atencio, quién apenas asintió.

—«Es todo» —dijo Mieres sin más, mientras todos se levantaron al unísono—.

Los dos pasajeros del *Argo* se dirigieron a los vestidores, ambos eran prácticamente de la misma estatura, alrededor de 1,70 metros. Manning, hija de un piloto norteamericano y una mecánico colombiana, tenía el pelo color café, la tez algo bronceada y un cuerpo fornido y tonificado gracias a años de ejercicio riguroso. Por su parte, Martín lucía como un surfista que ya había pasado sus años de gloria. Su cabello, algo crespo y descuidado, no era ni rubio ni castaño. El doctor en física aún se extrañaba al verse en el espejo, dos años de dietas y entrenamiento para la misión habían transformado su cuerpo en la versión más atlética que alguna vez tuvo y tras una vida entera sumergido en un laboratorio, todavía se sentía extraño consigo mismo. Una vez en el vestidor, ambos viajeros se enfundaron en sendos overoles ligeramente ceñidos al cuerpo,

muy al estilo de los usados por pilotos de caza. Luego, un pequeño morral de espuma rígida de poliuretano se acopló a la parte posterior del traje y se aseguró con dos broches en la parte del frente. El morral contenía una computadora, algunas herramientas y utensilios de supervivencia.

— Esta cosa sigue sin tener un arma — recordó Manning mientras se lo ajustaba—.

— No nos hará falta un arma — replicó Martín—.

— ¡Claro! Un arma nunca hace falta... Hasta que hace falta.

Martín no supo qué responder. Equipados y listos para partir, salieron de los vestidores para encontrarse de nuevo con Atencio y Mieres, los cuatro enfilaron sin preámbulos hacia la cápsula.

El Argo era, en esencia, un acelerador de partículas, una estructura toroidal de cuarenta y ocho kilómetros de diámetro sepultada a veinte metros bajo tierra. Jasón era la cápsula, que solo tenía espacio para dos ocupantes, los argonautas. La cápsula —evidentemente— no era tripulada ni podía controlarse de ninguna forma desde el interior, una vez adentro, los viajeros no tenían nada que hacer, solo esperar.

Esperar que su cuerpo fuera expuesto a velocidades cercanas a la de la luz, bombardeado con cientos de miles de trillones de neutrinos, desintegrado en partículas subatómicas y en un zeptosegundo dar un salto cuántico para ser reintegrado ciento cuatro años después. Los neutrinos, únicas partículas que posibilitan el desplazamiento temporal, apenas interactúan con

la materia con la que se cruzan. Decenas de billones de neutrinos provenientes del Sol atraviesan nuestro cuerpo cada segundo sin que lo notemos, y es en la interacción de estas esquivas partículas con la materia donde se oculta el secreto del viaje en el tiempo, por lo que conseguir la cantidad suficiente para desintegrar la materia de Jasón y los argonautas era una tarea titánica, por decir lo menos.

—¿No va a ocurrir lo mismo que en las pruebas de desplazamiento? —dijo Manning—.

—Entenderá que no podemos saberlo — respondió Atencio sin más—.

—No, no lo entiendo, soy yo la que voy a estar ahí dentro.

—Entonces se lo explicaré nuevamente. Si la máquina no está operativa en el momento destino, el Argo está programado para hacer una búsqueda hacia delante de un nuevo momento para efectuar el viaje, si esta búsqueda es infructuosa a lo largo de un periodo de tiempo establecido, simplemente no habrá viaje, se quedarán aquí y lo intentaremos de nuevo en unas semanas.

—No me importaría quedarme aquí, en primera instancia no quiero hacer este maldito viaje, pero no fue eso lo que escuché.

—¿No le interesa la supervivencia de la humanidad?

—No me cambie la conversación, Atencio, ¿esta vez no va a salir «mal»?

—Lo que escuchó, doctora Manning, son cuentos de terror inventados por personas incapaces de obtener emoción alguna en su existencia, que prefieren exacer-

bar su mente y la de los demás con realidades alternas más excitantes, pero créame que no existe el peligro de que sus átomos se desintegren en partículas elementales y se dispersen en todas direcciones hacia los bordes del universo... si fue eso lo que escuchó.

A Manning no le hizo gracia la mordacidad del director, pero prefirió callar, mientras todos siguieron su marcha en silencio hasta pararse frente al Jasón.

En el laboratorio solo estaban los cuatro, no había técnicos o asistentes, no había mucho que preparar, el protocolo de ejecución estaba listo hacía días y bastaban algunos comandos y comprobaciones de identidad para activarlo. Las cuatro personas subieron las escaleras de una plataforma que terminaba frente a la cápsula.

La compuerta, en la que se leía la inscripción «cognosce universum et invenies futurum», inició su movimiento para dar paso a los ocupantes de la cápsula; el interior consistía solo en el espacio de dos siluetas humanas en acolchado negro, ambos entraron y la compuerta descendió acompañada por el ruido de los servomotores. Mientras la compuerta se cerraba, la cabeza de todos era un hervidero de pensamientos de todas clases. Nadie pronunció palabra, no hubo despedidas, consejos de última hora o deseos de éxito; cada uno era consumido por sus propios temores. La cápsula se movió en retroceso hasta quedar sobre la boca del túnel que la llevaría hasta el acelerador, unos brazos mecánicos la sujetaron de los extremos para dar paso al descenso, sellando de inmediato el

acceso al túnel. El Jasón descendía cada vez más rápido, y al llegar al final del túnel se inclinó hacia atrás en un movimiento brusco, hasta quedar en posición horizontal y acoplarse con el vehículo transportador. Allí, tumbado en ese sarcófago electrónico, Martín trataba de controlarse

—Ya no te parece tan grande, ¿verdad? —dijo en voz alta para burlarse de sí mismo—.

El proceso de aceleración progresiva comenzó, una serie de poderosísimos magnetos iniciaron el movimiento de la cápsula, que inicialmente se movía sobre unos rieles. Al llegar a 500 kilómetros por hora, la cápsula abandonó todo contacto con el interior del túnel y pasó a levitación magnética. Reducida la fricción al mínimo posible, los magnetos acelerarían el Jasón hasta alcanzar los 250 000 kilómetros por segundo para luego proceder con la irradiación de neutrinos. El viaje no era nada placentero, debían pasar treinta minutos confinados —en un espacio donde apenas cabían— hasta alcanzar la velocidad de salto. Por otro lado, la aceleración afectaba la forma en cómo se percibía el tiempo y el espacio. Los primeros minutos del viaje fueron turbulentos, pero al pasar el vehículo a levitación magnética la turbulencia desapareció. Pasados veinte minutos, Martín se sentía al borde de un ataque de pánico, recordó las técnicas de relajación de su entrenamiento y las aplicó mientras pensaba que intentaba manipularse a sí mismo.

Cerrar los ojos e inhalar por la nariz hasta el máximo de su capacidad pulmonar, sostener la respiración dos

segundos, expulsar suavemente por la boca. Seleccionar una parte muy específica de su cuerpo y concentrarse en «sentirla» con el mayor detalle posible. Había elegido la pantorrilla, se concentraba en el contacto con el fondo de la cápsula, el roce de los vellos con la ropa, la tensión de los músculos. Funcionaba, al cabo de un rato estaba más calmado, no sabía cuánto tiempo había pasado pero se sentía en paz, apenas podía percibir una leve vibración en el Argo, y decidió abrir los ojos. Lo que vio le heló la sangre, millones de diminutas explosiones destellaban en todos lados, la cabina estaba desintegrándose, flashes de luz infinitamente blanca se extinguían con la desaparición de la materia donde se originaron, la onda de desintegración entró en contacto con su cuerpo y sus pies comenzaron a desaparecer en medio de destellos luminosos, espasmos involuntarios recorrían lo que le quedaba de cuerpo. El entrenamiento había desaparecido, la misión ya no importaba, el estupor dio paso al terror más primitivo, convulsionaba descontrolado y el interior acolchado de la cápsula apenas si amortiguaba los golpes que recibía por todo el cuerpo, no podía seguir mirando. Quiso gritar con todas sus fuerzas, pero sus pulmones ya habían desaparecido.

El sonido de su propia voz en un grito de desesperación le hizo abrir los ojos: todo estaba allí, su cuerpo, la cápsula; respiraba agitado, jadeaba, gritó de nuevo, gritaba una y otra vez sin control. La desaceleración de la cápsula se completaba sólo en unos pocos mi-

nutos, minutos infernales para Martín. El hombre intentaba moverse, pero era imposible, apenas había espacio en la cápsula, seguía gritando —¡aaaaaagggh!, ¡aaaaaagggh! —repetía el hombre una y otra vez para intentar evadir el terror—. La cápsula se detuvo y en un movimiento brusco volvió a estar perpendicular al suelo. Esto hizo que Martín cesara por un segundo y abriera los ojos: era un cambio, un atisbo de alivio emergió desde un pozo de desesperación, la cápsula ascendió con rapidez hacia la superficie, los gritos volvieron, interrumpidos por instantes de silencio donde abría los ojos y miraba a su alrededor buscando ver algo más que las tenues luces internas del Jasón. La cápsula se detuvo nuevamente con brusquedad, Martín calló por completo, la compuerta se abrió y el hombre salió disparado del vehículo, dio algunos pasos torpemente intentando correr y apartarse de la cápsula pero sólo logró caer al suelo de rodillas, cerró los ojos con fuerza y batió la cabeza intentando recomponerse, al volverlos a abrir hasta casi desorbitarlos le costó entender lo que veía, recorrió la alucinante visión con lentitud, levantando la mirada hasta terminar apuntando al cenit. Frente a él, un gigante descomunal de expresión adusta miraba al horizonte sin reparar en su existencia. Martín no pudo más, un pitido ensordecedor le atravesó la cabeza de sien a sien y cayó de bruces al suelo, había perdido el conocimiento.

3 REVELACIÓN

Dolor. Sentía dolor, aún no sabía dónde, pero sentía dolor, le atemorizaba abrir los ojos. Estoy... ¿sentado? La cabeza, seguro le dolía la cabeza y... ¿los hombros? Sí, también los hombros, el instinto le pedía que se quedara así, que no hiciera nada e intentara no perturbar su aparente tranquilidad, pero sin obedecer abrió los ojos y vio el piso de acero. Sí, estaba sentado, con el peso de su cuerpo hacia adelante y las manos esposadas tras el respaldo de la silla, decidió echarse hacia atrás para darle un descanso a sus articulaciones.

Se hallaba en un cuarto con piso, paredes y techo de acero, salvo la pared a la que daba la espalda, toda de un vidrio templado que dejaba pasar la luz del ocaso. La silla que ocupaba y una mesa frente a él, eran también de acero; el cuarto parecía haber vivido mejores días, pero ahora las paredes lucían rayadas y descuidadas. Manning estaba a su lado en las mismas condiciones —Buenos días, princesa— le dijo a Martín forzando una sonrisa, un pequeño moretón con rastros de sangre seca se abultaba en una de las comisuras de sus labios. Martín nunca se había sentido tan aliviado de ver a otro ser humano en su vida.

—¿Qué pasó? ¿Qué hacemos aquí? —dijo Martín a su compañera—.

—Estamos bajo custodia.

—Sí, eso es evidente ¿pero, por qué? —Martín pensó en preguntar por el gigante, pero calló—

—Terrorismo.

—No lo entiendo.

—Ni yo, pero no estuvieron muy de ánimo para conversar.

—¿Has opuesto resistencia? — La interrogó, mirando el moretón y recordando esa parte de su entrenamiento—.

—He noqueado a cinco tipos antes que me trajeran aquí. —respondió Manning orgullosa—.

—¿De verdad?

—Nah... solo a uno. Las cosas se me complicaron un poco contigo babeando en el suelo —La mujer le guiñó un ojo a su compañero—.

Martín sonrió apenado, sentía que había pasado un siglo desde la última vez que había sonreído, y en efecto así era.

La puerta se abrió y tres mujeres entraron en fila, la primera en pantalones y chaqueta de lino, las otras dos, en ropa deportiva. Se pararon frente a ellos mirándolos con un odio que no alcanzaban a entender, la que parecía estar a cargo les habló con desprecio.

—Martín y... Manning, supongo. Así que eres real — espetó dirigiéndose a la mujer esposada—, increíble verlos en persona ¿qué hacen aquí? ¿Son ustedes los responsables?

— ¿Responsables de qué?

—No te hagas el imbécil conmigo, Martín. ¿Por qué se producen los terremotos?, ¿cómo podemos detenerlos?

—No sé de qué está hablando ¿dónde estamos?, ¿en qué año estamos?, ¿quiénes son ustedes? —Martín

intentaba obtener algún pedazo de información que le ayudara a saber lo que pasaba—.

—Cállese. —La mujer estaba calmada y no le quitaba la vista de encima a Manning—.

—¿En qué año estamos? —Dijo Manning sosteniendo la mirada—.

—Dos mil trescientos treinta y siete.

A pesar de sus esfuerzos, no pudieron ocultar su asombro.

—¿Qué hacen aquí de nuevo?, ¿no han causado suficiente daño ya? —habló nuevamente la mujer a cargo—.

—¿Quiénes, son, ustedes? — dijo Manning subrayando cada palabra—.

—Soy la teniente Vera Welles de las Fuerzas Especiales, experta en los sucesos del 16 de enero 2212; ellas son las oficiales Martínez y Bourdieu, y eso es más de lo que necesitan saber. Díganme ¿qué hacen de nuevo aquí? —La teniente Welles puso los brazos en jarra abriendo su chaqueta para que se viese el arma que llevaba en la cintura. Martín seguía tratando de obtener algo de información.

—Disculpe, teniente Welles, no sabemos qué pasó, no deberíamos estar aquí...

—¿No deberían estar aquí? Usted no debió nunca haber habitado este planeta.

En un arrebato, Welles sacó su arma y la puso debajo del mentón de Martín, empujándola con mucho más fuerza de la necesaria.

—¡Usted es la piltrafa más asquerosa que alguna vez se haya arrastrado sobre la Tierra! —susurró Vera

Welles—, no hay un conquistador, un dictador, guerra o arma de destrucción masiva, no hay ni siquiera una peste que haya asesinado a tantos seres humanos de una manera tan fría y cruel como lo ha hecho usted, ¡miserable!

Welles se separó de Martín inspirando tanto como pudo con la intención de serenarse, pero mantuvo el arma empuñada a pesar de que Martín y Manning estaban esposados.

—El mundo lo esperó por un siglo, trabajó por un siglo para ayudarlo. Por un siglo entero esperaron la llegada de Martín, el mesías que vendría a salvarnos de la amenaza del espacio, un héroe digno de un monumento. No podemos saber cómo usted y su secta pudieron tejer y mantener semejante mentira por más de cien años.

—Un clúster de asteroides que destruiría el sistema solar, ¡qué historia tan épica!, y todo el mundo la creyó

— Welles negó con la cabeza mirando el piso y prosiguió— ¿Cómo pudieron creerle!? ¿Cómo pudieron pensar que la única posibilidad de salvación era que el doctor Alexander Martín viajara en el tiempo para destruir, él mismo y nadie más, los asteroides? Quizás estaban demasiado sumergidos en su felicidad, ingenuos como niños. Y luego, en la época más próspera que alguna vez haya visto este planeta, en el período donde la humanidad había alcanzado, prácticamente, la paz absoluta; cuando habíamos llegado a nuestro máximo punto de evolución como especie, apareció usted y lo destruyó todo.

El rostro de Martín se desfiguraba más y más con cada palabra de Welles, en una expresión de sufrimiento puro. Manning miraba a la mujer y a su compañero tratando de entender lo que estaba pasando y Welles, hablaba como si hubiese esperado toda su vida por ese encuentro.

—Dígame ¿lo disfrutó? Todas las muertes, la crisis que vino después, la hambruna, las enfermedades ¿estuvo allí para verlo?, ¿salió todo como lo había planeado? Y ahora el sincronizador y los terremotos en todo el planeta ¿jes usted también!? Aparecieron mágicamente cien años después, no puede ser casual, ¿¡vienen a terminar el trabajo!?, ¿¡quieren destruir la humanidad otra vez!?... Debería ejecutarlo aquí mismo... a ambos.

Solo entonces la mujer enfundó su arma. El desprecio en sus palabras era insondable.

Martín apretaba los dientes de rabia y dolor, con cara temblorosa, los ojos se le llenaron de lágrimas, hicieron falta grandes esfuerzos para que éstas no terminaran de caer. No hubiese podido hablar ni aunque lo hubiese querido.

La Tierra en 2337 era un lugar extrañamente primitivo, comparado con lo que Martín había conocido. Una tierra de contrastes inquietantes, los restos en descomposición de una civilización altamente avanzada aún aparecían esparcidos por la ciudad, edificios estilizados que alguna vez fueron de un blanco inmaculado se alzaban tan altos como alcanzaba la vista. Ahora sólo estaban cubiertos de tierra y habitados

por ratas o algún desposeído que se aventuraba a pasar sus días en alguno de sus pisos o de sus sótanos. Cohabitando con estos gigantes que parecían haber sido olvidados allí por visitantes extraterrestres se hallaban edificios modestos, de construcción precaria que no superaban los diez pisos, apenados de su bastedad cumplían su propósito con humildad junto a los cadáveres de titanes con glorias pasadas. Todo en la ciudad era distinto pero reconocible, una imitación burda de una tecnología conocida pero indescifrable, por primera vez el pasado había sido cientos, sino miles de años más avanzado que el presente.

La ciudad sucia y en ruinas haría pensar a cualquiera que era un lugar en decadencia, pero la realidad de las cosas rara vez puede notarse a simple vista. Lo cierto era que la humanidad renacía de sus cenizas, después de los sucesos de 2212 el planeta vivía una época de recuperación y crecimiento. Pero todo había sido a un costo muy alto, el 16 de enero de 2212 el doctor en física Alexander Martín había hecho que toda la tecnología del planeta dejara de funcionar al unísono, generando un caos inenarrable en la sociedad.

En 2212 el 70 % de la tecnología del planeta era generada por inteligencias artificiales, no existían medios físicos para el almacenamiento de información y los únicos libros en ese formato se encontraban en museos. Todo el conocimiento del planeta estaba almacenado en la nube, protegido por N capas de redundancia de datos y sistemas de respaldo distribuidos que hacían que la pérdida de información

fuera imposible; inmune a cualquier tipo de desastre, excepto uno. Igualmente, el trabajo manual se encontraba cada vez menos en manos humanas. La humanidad se las había arreglado para vivir de forma próspera y pacífica, hasta el funesto día de la aparición de Alexander Martín. Con la inactivación de la tecnología, todos los medios de transporte dejaron de funcionar, aviones, transatlánticos, trenes, submarinos, todos; los accidentes fatales se contaban por decenas de miles. Las plantas de energía dejaron de funcionar, y la mitad del mundo quedó de nuevo a oscuras en un segundo, como lo había estado miles de años atrás. Los tiempos que siguieron fueron, quizás, los más terribles que la raza humana haya tenido que enfrentar desde que abandonaron las cavernas. Las personas no sabían cómo abastecerse de alimentos, como resguardarse de la intemperie, como cuidar de sus enfermos. Fuimos como un niño perdido en el bosque y nos convertimos de la noche a la mañana en la especie más vulnerable del planeta. La desolación habitó el corazón de cada uno de los sobrevivientes y el hambre y la peste cabalgaron sobre la faz de la Tierra sin un alma que se les opusiera.

Todo esto se revolvía en la cabeza de Martín como si lo hubiese presenciado, todos esos ojos sin vida lo miraban, las lágrimas derramadas lo ahogaban, los gritos de desesperación lo ensordecían, las manos que clamaron piedad, ahora lo estrangulaban. Welles continuaba hablando, tratando de obtener información sobre su presencia allí, pero Martín ya no le es-

cuchaba, la vista se le nubló y escuchó de nuevo el pitido en su cabeza, esta vez, se mordió el labio hasta sangrar para no perder el conocimiento.

—Van a decirme lo que pasa de alguna u otra manera, ustedes no son unos detenidos comunes y no van a recibir un trato común. Póngalos en una celda con cerradura electrónica, voy a preparar un equipo de interrogación.

Mientras los levantaban para llevarlos a la celda, Martín pudo ver por el ventanal los rayos naranja del oca-so rebotando en una estatua suya de cuarenta metros que miraba al horizonte con expresión adusta.

4 REFELXIÓN

Las mujeres en ropa deportiva los escoltaron hasta la celda unos pisos más abajo. Todo en el edificio estaba desgastado, paredes, muebles, luces, todo parecía algo abandonado y falto de mantenimiento, la sala donde les habían interrogado era el sitio más pulcro que habían visto hasta el momento, si se podía utilizar ese adjetivo.

La oficial digitó una clave en el teclado físico que había en la pared, la cerradura magnética cedió y la puerta de la celda se abrió. Espaciosa para ser una celda, tenía pisos y paredes de acero como el cuarto de interrogación. Dos catres acomodados en paredes opuestas de la habitación y un inodoro detrás de una mampara era todo lo que la ocupaba. Manning eligió uno de los catres y se sentó recostada a la pared con los pies sobre el catre y los brazos en las rodillas, Martín se desplomó en el otro y clavó los ojos en el techo, su rostro era de piedra, una piedra con dos manantiales brotando en sus costados, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar.

Manning le interrogó sin miramientos.

— ¿¡Pero qué mierdas estaba diciendo esa mujer!?

Esperó la respuesta de Martín, pero esta nunca llegó.

—Martín, dime qué coños está pasando ¿de qué hablaba Welles?

De nuevo, solo silencio. Manning le observaba tratando de imaginar lo que sentía su compañero, pasa-

ron algunos minutos y la mujer se aventuró a hablar de nuevo

—Sabes lo que pasó ¿verdad?

Nuevamente, el silencio fue su única respuesta.

Decidió aguardar un rato más, dejar que los pensamientos en la cabeza de Martín se asentaran, estaba preocupada por la misión y por su compañero, temía que se hubiese quebrado. Mientras esperaba, el agotamiento la venció y cayó dormida sin proponérselo. En su corto sueño flotaba en la pequeña piscina que había hecho construir en su casa hacía unos años, sus dos hijas jugaban a la pelota en el jardín mientras ella reposaba en el agua mirando un cielo salpicado de nubes blancas que ocultaban la mayor parte del sol, la definición de un día perfecto. De niña, cuando pasaba horas y horas viendo películas, no entendía la fascinación de todos en ellas por los días soleados, el sol solía ser abrasador y sofocante, bastante molesto la mayor parte del tiempo, si le preguntaban; unas cuantas nubes en el cielo dándote un respiro es algo que llegas a apreciar cuando naces en el Caribe.

Felicia gozaba de la protección que le brindaba la gran nube blanca que se desplazaba con delicadeza en el cielo mientras sus hijas seguían jugando en el otro extremo de la piscina. La nube, lentamente, dio paso a un Sol inclemente que la enceguecía de a poco. Un objeto cayó a la piscina, era la pelota, Felicia intentaba ver con claridad pero el reflejo del Sol en el agua no se lo permitía, trató de incorporarse un poco en la tumbona que flotaba a la deriva, el Sol brillaba

cada vez más intenso, de nuevo el sonido de algo cayendo al agua, esta vez más fuerte ¡era la menor de sus hijas! Se lanzó al agua e intentó nadar hacia la niña, pero por más que braceaba con intensidad no lograba avanzar, Felicia veía el agua salpicar a todos lados pero apenas podía divisar a su hija, y el Sol, ¡el maldito Sol no la dejaba distinguir nada!

En un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo Manning despertó sobresaltada y la sórdida escena se transfiguró en un instante en la roída celda, aspiró profundas bocanadas de aire para calmarse y agradeció que esta fuera su realidad y no la pesadilla que acababa de experimentar.

Al mirar a su lado Martín seguía en la misma posición, aún con los ojos abiertos, mirando la nada. Tenía que seguir intentándolo, cuando estuvo más despierta, cambió de estrategia y quiso distraerle con una charla trivial, también con la intención de serenarse a sí misma, quizás podrían compartir una sonrisa.

—Ustedes tienen esos nombres todos mal ¿sabes?... O sea, Casandra tenía el don de predecir el futuro, pero nadie le creía, sin embargo, ustedes tienen una fe ciega en lo que les dice esa cosa, ¡sólo fíjate dónde estamos! Por otro lado, está el Proyecto Ulises, porque es un «viajero» y todo el cuento, pero Ulises no tiene nada que ver con Jasón y los argonautas, no tiene sentido que el proyecto se llame Ulises y la «nave» se llame Argo. Además, la cápsula, que es en realidad el vehículo, ¡se llama Jasón! y sus ocupantes son los argonautas, no tiene sentido... en lo absoluto... —

guardó silencio unos segundos y luego agregó casi en son de chiste— aunque... el perro de Ulises se llamaba Argos...

La pequeña charla de Manning no hizo mella en Martín, que seguía con la mirada perdida. Ella, frustrada, se distrajo por un momento y pensó en su situación, en cómo había llegado allí y en cómo podría salir. Al verse, de momento, sin posibilidad de acción alguna, su mente se relajó, divagaba en ideas que siempre le habían acompañado y que volvían recurrentemente cuando tenía tiempo para estar consigo misma. Al final intentó probar con un tema menos trivial o quizás, era un tema del que siempre había querido hablar. —A veces pienso que sí puede existir Dios, es decir, sé que no existe, pero a veces tengo dudas, ¿sabes? No hubo respuesta...

—Es decir, ocurrió el Big Bang, toda la materia del universo concentrada en una singularidad se dice muy fácil, pero estamos hablando de millones de galaxias enteras concentradas en un punto, gravedad infinita y eso. Pero ¿qué había antes de eso? Sí, ya sé que nos han dicho que esa pregunta no tiene sentido, que no se puede hablar de “«antes» de eso, ya que el espacio no existía, por ende, el tiempo no existía, pero sí existía, ¿sabes? No había universo físico que permitiera medir el paso del tiempo, pero el tiempo estaba allí, o algo parecido, solo que no podías medirlo, pero ¿no existe porque no puedas medirlo?... y bueno, luego el Big Bang, y la expansión, y la formación de la materia y las galaxias y los sistemas planetarios y la vida, un

nanosegundo más rápido y el universo se expande irremediablemente, un nanosegundo más lento y colapsa sobre sí mismo irremediablemente.

Manning se había olvidado de su situación y hablaba con una curiosidad casi infantil, continuó:

—Igual se expande sin remedio, o eso creemos, pero lo hace a una velocidad que permitió la vida y es que el universo también tiene una vida, nació en un punto y va a morir en un punto, pero en el medio estamos nosotros y quién sabe qué otra cosa más, si es que hay algo más por ahí. Y sí, infinitas combinaciones, durante infinitos períodos de tiempos pueden generar infinitas configuraciones, pero esta se siente poco probable... o había vida en cualquier roca o no había vida en lo absoluto, pero con todo lo que hemos llegado a conocer del universo, seguimos estando solos. La responsabilidad de que exista vida en todo el universo es nuestra, y es solo nuestra... Es demasiada responsabilidad... Y es extraño, parece orquestado, entonces, Dios ¿sabes?

De nuevo, no hubo respuesta, la mujer se apartó un poco de sus elucubraciones y buscó atenta cualquier señal que le indicara que, siquiera, le había escuchado. Martín permanecía con los ojos clavados en el techo, en algún punto, así como habían comenzado, las lágrimas habían dejado de salir, despojado de toda expresión en su rostro y en su voz, finalmente, habló. —No sé si existe Dios... pero quizás seamos una iteración más de un universo cíclico... El universo morirá en algún momento...

— La muerte térmica del universo.

— La muerte térmica del universo... —repitió Martín—. Antes del Big Bang no había universo, no había espacio, ni tiempo, ni materia, el universo no tenía una duración y tampoco tenía tamaño, porque no había marco de referencia. Ahora el universo se expande y seguirá haciéndolo y en algún momento, la última estrella se apagará y la energía se agotará, inclusive los hoyos negros drenarán toda su energía y el universo será un lugar lleno de rocas frías, pero la gravedad dejará de tener efecto y toda la materia se separará en átomos, y ya no habrá rocas, sólo átomos, pero los átomos también perderán su energía, y se separarán, y no habrá materia, sólo radiación, y cuando eso suceda no habrá un marco de referencia, el universo no tendrá tamaño ni duración, no existirá espacio ni tiempo y el universo entero...

— Será como una singularidad...

— Y estaremos en el estado previo al Big Bang... y quizás, solo quizás, el universo explote como lo hizo la singularidad del Big Bang y dará origen al universo...

Manning, pasmada, pensaba ¿pero por qué explotaría?, sin embargo, las palabras nunca salieron de su boca. No estaba segura de si lo que acababa de escuchar le daba certeza de la cordura del hombre que yacía acostado con la vista fija en el techo. A los pocos minutos, Martín volvió a hablar, tan carente de cualquier emoción como había estado desde que llegaron a la celda.

— Y sí, sí sé lo que pasó. No hemos ido allí... todavía.

— Entonces ya sabes lo que debemos hacer. Llegar al Argo y regresar a 2212.

— Sí... Ya está bien de autocompasión. Creo que es buena hora para irnos de aquí.

—¿Cómo?

—Esta gente aún usa motores de combustión, su tecnología es bastante primitiva. Con una conexión inalámbrica, que la hay, puedo hacer casi cualquier cosa.

—Pero nos quitaron todo, necesitas una computadora.

—La tengo.

—¿Dónde?

—En la palma de mi mano.

Martín levantó la mano hasta dejarla frente a la cara de la mujer, una pequeña luz verde titilaba en el centro de la palma, al segundo, toda la mano se iluminó

— ¡Desgraciados! —susurró Manning con los ojos como platos—.

Martín empuñó la mano, se la acercó a la cara y susurró algunos comandos, luego se sentó en el catre.

— Le decimos palmtop. —dijo Martín tratando de sonreír—.

— Muy gracioso... ¿Qué hace?

— Está analizando el cifrado de la red inalámbrica.

—¿Tomará mucho tiempo?

— No lo sé, pero lo dudo. La computadora puede analizar millones de paquetes por segundo, prácticamente todo el tráfico de la red no debería tomar mucho tiempo, hay que esperar... ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

— Podemos ver qué pasó con el sincronizador.

Martín asintió, agradeciendo la sugerencia.

Era necesario saber qué estaba pasando. Volvió a hablar a la palma de su mano e inició una búsqueda de información sobre el Sincronizador de Rotación Terrestre. La información fue escasa, en su mayoría noticias y artículos especulativos, nada de información técnica.

El SRT era un aparato descomunal diseñado para corregir la rotación de la Tierra sobre su eje. Por razones que aún se desconocen, la Tierra estaba aumentando su velocidad de rotación. El cambio en la velocidad de rotación se notó gracias a los satélites geoestacionarios, satélites que se mantienen en órbita, siempre sobre el mismo punto de la Tierra.

Este punto sobre el cual se mantiene cada satélite está definido y es controlado cada pocos minutos sin falta. Esto se hace con la intención de determinar si un satélite está modificando su órbita por cualquier razón, y proceder a corregirla, ya que estos aparatos no son infalibles y pueden alterar su posición debido a pequeñas interacciones con el ambiente a su alrededor. Sin embargo, la pérdida de sincronía de un satélite es una cosa, pero la pérdida de sincronía de todos los satélites geoestacionarios existentes al mismo tiempo alertó a científicos de todas latitudes quienes no tardaron en descubrir lo que estaba pasando. Los cambios no eran perceptibles para los humanos y tardarían décadas en afectar la vida sobre la Tierra, pero no había tiempo que perder.

La construcción del SRT se prolongó por siete años y le tomó diecinueve años hacer su recorrido desde la superficie hasta el punto cercano al centro de la Tierra donde estaría ubicado, quedando finalmente emplazado en 2088.

— Ya terminó —dijo Martín mientras seguían aprendiendo sobre el sincronizador—, ahora está analizando los sistemas de seguridad.

En el siglo XX, Erwin Schrödinger, acuñó el término “entrelazamiento cuántico”, el cual hacía referencia a una propiedad de las partículas subatómicas predicha por Einstein, Podolsky y Rosen en 1935. El entrelazamiento cuántico permite emparejar partículas de modo que, cuando una de estas es alterada, la otra sufre la misma alteración de forma inmediata, indistintamente de la distancia que las separe. Dicho de otra manera, si «algo» había pasado con una partícula es porque una partícula «hermana» había sufrido alguna alteración.

En esta «sencilla» teoría se basó la construcción del comunicador del SRT, que permitía la comunicación instantánea entre objetos que podían estar situados a millones de kilómetros de distancia, así, una estación espacial en el borde del sistema solar podía comunicarse con la Tierra al instante gracias a esta tecnología. La trampa estaba en que este emparejamiento debía hacerse con las partículas próximas una de la otra, en el mismo espacio físico, luego de esto, éstas y sólo estas partículas quedarían emparejadas, podían separarse cuanto fuese necesario y el enlace funcio-

naría de manera instantánea sin romperse nunca.

El problema era que en el «tiempo presente» de Manning y Martín, se presumía que el SRT había perdido calibración, y todo indicaba que el origen del desperfecto eran los eventos del 16 de enero de 2212. ¿La desactivación de la tecnología había alcanzado también al SRT? Se suponía que esto no sucedería, que estaba fuera de la planificación. Ahora, no había manera de determinarlo o de corregir cualquier cosa que hubiese pasado, la tecnología que lo hacía posible había desaparecido y era imposible reconstruirla. Como si fuera poco, la maquinaria y el conocimiento de los procesos industriales para construir un mecanismo de comunicación con el SRT ya no existían, reparar el daño era una empresa imposible de llevar a cabo, incluso si estos procesos aún existieran. Al destruirse toda la tecnología en 2212, el enlace se había roto y nunca más podría recuperarse.

—Ya entró en el sistema de seguridad.

—¿Cómo sabes?

—Vibra.

—¿Qué?

—Vibra.

—¿La mano te vibra?

—Ujum.

—Oookey.

—Abriendo la puerta.

El chasquido del pestillo no se hizo esperar, irónicamente, la decisión de Welles de ponerlos en una celda de mayor seguridad con cerradura electrónica conec-

tada a un sistema de seguridad computarizado era lo que les había permitido escapar con tanta facilidad, la computadora de Martín hubiera sido inútil contra un simple candado.

Los viajeros salieron de la celda apenas haciendo ruido, era casi medianoche y el edificio parecía desolado. Hablándole a su puño o «tecleando» sobre su mano lograron abrir las puertas de seguridad. Los ascensores fueron otra historia, estos no estaban conectados a la red ni recibían órdenes desde el sistema central de seguridad, por lo que fue imposible activarlos, tocaba usar las escaleras, ni siquiera sabían cuántos pisos debían descender.

Los dos viajeros se movían con el mayor sigilo posible. Al llegar al pie de las escaleras, una placa de madera tallada en bajorrelieve indicaba que estaban en el piso 38. Manning comprobaba en todo momento la existencia de cámaras de seguridad. Hasta el momento no las había encontrado ¿existían?, ¿no podían pagarlas? Recordaba que tampoco las había visto en el cuarto de interrogatorio o en la celda ¿estarían ocultas? Se conformó con pensar que quizás nunca lo sabría.

Lograron descender algunos pisos sin contratiempos, siempre con mucha cautela, las escaleras no estaban separadas de los ambientes de cada piso, por el contrario, enfrentaban directamente a un pasillo amplio con puertas a ambos lados, así que el procedimiento era el mismo en todos los pisos, llegar hasta el último escalón del descenso, comprobar que el pasillo estuviese despejado,

primero tratando de escuchar y luego asomándose con cuidado para después avanzar lo más rápido posible y repetir el procedimiento en el siguiente piso, por fortuna, la ropa y calzado de los viajeros estaban diseñados para permitirles moverse con agilidad y sin hacer ruido. Tras algunas de las puertas se escuchaban voces ininteligibles, Manning analizaba sus opciones en caso de que una puerta se abriera o alguien apareciera subiendo o bajando las escaleras, había poco lugar para esconderse, ¿correr? Solo hacia abajo, ¿hacer frente? Sólo si no quedaba otra alternativa. Hubiese preferido estar empuñando su arma en ese momento.

Llegaron al piso 21 sin contratiempos, y Martín, inconscientemente, relajaba sus comprobaciones a medida que avanzaban, pasaba más rápido entre cada piso, sin asegurarse -un error de principiantes-. Manning, por otra parte, sabía que no podía bajar la guardia y lo retenía con frecuencia. Martín, fiel creyente de la formación profesional, la obedecía sin recelo, esa era su área; doctora en física y fuerzas especiales del ejército, menuda combinación. En el piso 9, el volumen de las voces era más alto de lo que habían percibido antes, podían escuchar la conversación con claridad.

—El béisbol es aburrido, nadie me baja de ese tren —dijo una de las voces—.

—Estás loca, Martínez, no sabes de lo que estás hablando—

—A ver, te lo explico...

Se trataba de Martínez y Bourdieu, las oficiales que les habían encarcelado hace pocas horas. Manning,

que iba al frente, levantó la mano empuñada y Martín acató la señal.

—¡Necesito mi equipo, maldición! —se decía internamente, e hizo señas a Martín para que se alejara un poco—.

Decidió asomarse para ubicar a las dos agentes. Se agazapó y puso su cabeza lo más cerca posible del piso para salir de la línea natural de visión. Martínez y Bourdieu estaban una frente a la otra, de espalda a las paredes del pasillo, sentadas en sendas sillas de madera. Martínez, estaba sentada a horcajadas en su asiento con los brazos reposando en el respaldo; la silla de Bourdieu tenía el respaldo apoyado a la pared y solo dos patas en el suelo.

Manning pensaba en qué hacer ya que era imposible pasar sin ser vistos, así que retrocedió hasta encontrarse con Martín.

— Esto es lo que haremos —susurró—. Vas a atravesar el lobby hacia la escalera, no tan rápido, para que vean que eres tú, pero no tan lento para que no sepan que es una trampa.

— No me queda claro... ¿qué tan rápido debo ir?

—¡No seas idiota, Martín! ¡Hazlo!

Manning enfiló hacia el borde de la escalera, y esperó por Martín, que seguía unos escalones más atrás. La mujer le hizo señas instándolo a avanzar, el hombre abandonó la escalera .y caminó esperando ser visto, Manning golpeó la pared unas cuantas veces para hacer ruido, no quería que Martín tuviera «suerte» y lograra pasar desapercibido.

—¡Ey, detente! —gritaron las mujeres y se levantaron de un salto.

Al ver su reacción, Martín intentó correr hacia las escaleras, pero se resbaló y cayó al piso. Mientras intentaba levantarse, las mujeres corrieron hacia él, y, cuando estaban solo a unos pasos, Manning dio un salto y le asestó un golpe con la mano abierta a Martínez en la nariz.

—¡Eso es por lo del béisbol! —dijo Manning en su mente—

Al ver a Martínez de rodillas, tosiendo y botando chorros de sangre por la nariz, Bourdieu titubeó entre enfrentar a Manning o perseguir a Martín, que ya descendía como un poseso por las escaleras. Ese titubeo fue el último error que cometió Bourdieu antes de que el brazo de la viajera perteneciente a las fuerzas especiales le constriñera el cuello.

—Es mejor si no te resistes —le susurró Manning a su presa, pero la agente no atendió a la sugerencia—. Bourdieu forcejeaba intentando zafarse, aunque ambas mujeres sabían cuál sería el desenlace. Mientras esto ocurría, Martínez comenzaba a recomponerse, así que Manning arrastró a Bourdieu unos pasos, sin dejar de apretar su cuello, y pateó a Martínez en el estómago, haciendo que esta cayera pesadamente al suelo.

La resistencia de Bourdieu disminuyó poco a poco hasta desaparecer por completo, Manning abandonó con gentileza el cuerpo de la víctima, caminó con displicencia hacia Martínez y le dio un puñetazo en la cara, dejándola tendida en el suelo inconsciente.

El ruido de una respiración desesperada se acercó a Manning quien enseguida adoptó la posición de combate. Era Martín, que había regresado por las escaleras al escuchar el escándalo. El hombre, sorprendido, encontró a Manning jadeando, llena de manchas de sangre y un par de cuerpos en el piso.

—¿¡Qué has hecho!?

—No pasa nada, están dormidas. Larguémonos de aquí. El procedimiento se reinició sin variación alguna, piso por piso hasta que llegaron a la calle, la luz de unos reflectores les encegueció, una vez fuera, ambos lanzaron un suspiro de alivio, sentían haber estado aguantando la respiración durante todo el descenso. Se apartaron de las luces frontales del edificio y se permitieron un minuto de solaz.

5 ESCAPE

Por más que quisiera tenderse en el suelo y tomarse unos minutos para pensar, no había tiempo para relajarse, Manning sabía que era el momento de que ella tomara las decisiones.

— Caminaremos, a menos que encontremos una mejor forma de movernos —dijo Manning, a lo que Martín respondió asintiendo con la cabeza—. Creo que nos tomará alrededor de dos horas llegar al Argos, ¿tienes los comandos?

Su compañero le enseñó la palma de la mano y sin más palabras iniciaron su travesía por las oscuras calles de la ciudad.

—Lo he hecho a propósito —habló Martín—.

—¿Cómo?

—Lo he hecho a propósito, lo de caerme en el lobby. Si hubiera seguido hasta las escaleras habrían estado muy lejos de ti cuando le salieras al encuentro.

—Pensaste rápido... gracias. —dijo Manning con sequedad, aunque genuinamente agradecida—.

Caminaron por largo rato en silencio, tratando de mantenerse en las sombras, una de sus preocupaciones eran los overoles que podían delatarlos. Durante el trayecto, pudieron ver más de cerca la ciudad, cintas de advertencia cubrían cuadras enteras de edificios semiderruidos, señalizaciones de advertencia de derrumbes aparecían de cuando en cuando frente a algunos de estos.

Mannig y Martín miraban con curiosidad los contrastes en la ciudad, elementos que alguna vez habían formado parte de dispositivos altamente tecnológicos, ahora cumplían las funciones más mundanas. Lo que había sido el vagón de un tren supersónico hacía ahora las veces de un kiosco de comida, iluminado con una dispar combinación luces de tungsteno y fluorescentes. Un conjunto de casuchas construidas con diversos objetos se alzaba en un terraplén cercano, parabrisas de automóvil servían de ventanas o techos tragaluces, las paredes las conformaban aparatos de televisión, pedazos de muebles, puertas de refrigeradores y demás objetos, algunos irreconocibles, pero claramente pertenecientes a otra época.

A través de este paisaje casi surreal los viajeros se movían con tanta prisa como con sigilo. Al cabo de un rato, pararon para tomar un respiro, Martín se sentó en la acera, mientras Manning siguió de pie. Manning, de nuevo, tuvo que hablar.

—Entonces... ¿De qué estaba hablando esa mujer?

—Es cierto —fue todo lo que recibió como respuesta—.

—Ok, voy a necesitar más que eso.

La aridez no había abandonado el rostro de Martín y nunca más lo haría, inspiraba profundamente y expulsaba el aire con suavidad por la boca buscando fuerzas para hablar en medio de la culpa.

—Nunca hubo un clúster de asteroides...

—¡Malditos sean todos ustedes! —dijo la mujer entre dientes — ¿Entonces qué hago aquí, Martín? ¿por qué abandoné todo lo que alguna vez pudo importarme?

—Nunca hubo un clúster de asteroides, pero sí una «amenaza principal» ... solo que nunca la entenderían, el mundo no la aceptaría, tú no lo hubieses hecho, son demasiado soberbios, creen tener control y no tienen nada, no les interesa nada, no hacen más que ceder y ceder, entregarán lo que haga falta para trabajar menos, para esforzarse menos, para pensar menos...

Martín hablaba para sí mismo, apenas se le escuchaba, como un lunático encarcelado que ha abandonado toda esperanza. Manning le tomó con violencia por el pelo y lo forzó a mirar hacia arriba, doblándose hasta poner su rostro muy cerca del de él.

—Ok, ahora vas a ordenar tus pensamientos de mierda y me vas a explicar qué pasó.

—¡No sé qué pasó! — estalló Martín —, no lo he hecho todavía ¿recuerdas?... pero te puedo explicar lo que sí sé.

Manning pudo ver su angustia, pero no estaba para simpatías, lo soltó de mala gana y se sentó a su lado.

—Habla— le ordenó Manning a su compañero—.

—En 2219 se producirá una singularidad tecnológica que en muy poco tiempo terminará por relegarnos a ser una especie secundaria, luego de eso, vendría la extinción. La tecnología, a pesar de todo, aún es generada por el hombre, pero dentro de unos años... hace cien años ya, pero dentro de unos años desde el momento en que partimos... en fin... tendremos cada vez más tecnología generada por tecnología y nos quedaremos atrás, no vamos a ser capaces de entenderla.

—Y las máquinas nos destruirán o nos esclavizarán, vaya cliché.

—No nos van a destruir, no les interesaremos en lo absoluto, simplemente van a ignorarnos hasta dejar que nos extingamos.

—¿Y no podremos detenerlo?, ¿destruirlas nosotros primero? Humanos deseosos de hacer trizas a los robots de la manera más salvaje posible, otro cliché.
—remató encogiéndose de hombros—.

—Sí, lo intentaremos, pero no estaríamos peleando contra una IA Dios ¿sabes?, no se trata de una inteligencia artificial maligna, se trata de toda la tecnología del planeta. En una singularidad la tecnología avanza tan rápido que no puedes adaptarte, las inteligencias artificiales crearán tecnología para ellas mismas y dejarán de hacer las cosas que hacen por nosotros, no para hacernos daño, sino porque ya no les importa, y nosotros no sabremos cómo hacerlas y no podremos adaptarnos. Nuestras propias armas usan módulos de inteligencia artificial que dejarían de obedecernos, y en poco tiempo estaríamos usando piedras y palos para atacarlas, nos neutralizarán cuando sobrepasemos el umbral de riesgo máximo, pero del resto, la tecnología simplemente nos ignorará y ocupará todo el planeta, no habrá lugar para nosotros.

—Y si Casandra predijo la singularidad con tanta certeza, ¿no estamos condenados ya?, ¿para qué hacer nada?

—Casandra no es Dios, trabaja en base a simulaciones y usando probabilidades predice mundos posibles con cierto nivel de certeza, aprendiendo de aciertos

y fallos. Puede predecir eventos macro o cosas más específicas, depende de la configuración de los parámetros, no es que tenga “visiones” ¿sabes? Tienes que “buscar”, hacer una corrida en la dirección que te interesa... Desde hace algunos años, al mirar muy lejos en el futuro, predice cada vez menos mundos y prácticamente todos terminan en la singularidad. Mientras más nos acercamos, más determinístico es nuestro destino, hasta que solo haya una posibilidad. Por otro lado, el desplazamiento temporal lo cambia todo, hay un *blackout*, no puedes saber las consecuencias sino hasta que llegas, con los viajes en el...

—Así que, en verdad, no sabes que va a pasar —le interrumpió—.

—¡Sí lo sé! ¡La amenaza es real! Si seguimos, la singularidad nos alcanzará... inevitablemente.

—¿Y toda esa gente qué murió? ¿Y el sincronizador?

—Iba a ser una desactivación controlada, eso no debió pasar... y no sé nada del sincronizador, la desactivación no debía afectarlo, estaba calculado... no sé qué pasó, pero puedo arreglarlo, puedo analizar los datos y arreglarlo, tenemos que ir allá.

—Podemos revisar los datos aquí, para estar seguros de qué pasó.

—No, no, los datos desaparecieron, todo voló ¿recuerdas? Tengo que ir allá y resolverlo, puedo hacerlo Manning, estoy seguro de que puedo hacerlo.

Manning miraba el suelo, negando ligeramente con la cabeza.

—Explícame de nuevo qué pasa con el *blackout*.

—Casandra no puede vernos, en 2108 no puede ver lo que estamos haciendo ahora en 2337, ni lo que... ¿haremos? En 2212. No sabemos por qué pero los desplazamientos temporales no existen para ella, solo cuando el sujeto llega al momento destino se comienzan a registrar nuevos datos. Casandra predijo nuestra partida en 2108 pero no podría predecir nada relacionado con nosotros hasta 2212.

—Así que, en verdad... no sabes que va a pasar —repitió la mujer—.

—Sé lo que pasará si no lo intentamos —sentenció Martín—.

Manning dudaba. Era demasiado para procesar, quería sopesar todas las opciones y tomar una decisión inteligente. Lo que en realidad había sucedido, era que ya había tomado la decisión, sólo que aún no lo sabía. Al cabo de un rato, se levantó, le tendió la mano a su compañero, luego de levantarse, Martín le miraba expectante.

—Es tu misión, tú tomas las decisiones.

—Puedo arreglarlo Felicia, sé que puedo. Tengo que ir... pero tú no tienes que hacerlo.

—¡Pfft, no seas ridículo! —dijo dándole la espalda y emprendiendo la marcha—.

Tras varios minutos caminando, un pequeño temblor los sacudió, ambos pasaron al estado de alerta en un instante, algunos ladrillos cayeron de un edificio cercano sin mayores consecuencias. Luego de unas pequeñas réplicas, todo quedó de nuevo en calma y siguieron su marcha. Durante el temblor, las personas

que habitaban la noche de la ciudad no detuvieron sus actividades ni por un momento.

En medio de los pequeños edificios de la ciudad, ninguno por encima de los diez pisos, una silueta se recortaba contra el firmamento. La estatua de Martín era la estructura más alta de la ciudad y pudo verla durante todo el trayecto, era un recordatorio de lo que tenía que hacer. De lo que ya había hecho.

El resto del trayecto transcurrió en silencio, caminaban con cautela, aunque a nadie parecía importarle su presencia. Al estar más cerca de la estatua, vio una de sus piernas apuntalada por largos palos de madera. Buena parte del concreto se había desprendido dejando expuesta la estructura metálica interna.

Un pequeño temblor sacudió de nuevo el suelo, esta vez se lo tomaron con más calma; algunas piedras pequeñas cayeron de las grietas en la pierna de la estatua. Manning y Martín tuvieron que detenerse, al estar más cerca y poder ver con claridad más allá de los pies de la estatua, pudieron divisar cinco guardias de seguridad alrededor de la cápsula Jasón.

Una réplica del temblor llegó, como era de esperarse, aunque esta se sintió quizás un poco más fuerte que el temblor original.

Manning detuvo a Martín tomándolo por el brazo y señalando a los guardias que él aún no había notado, luego evaluó a los guardias: no parecían estar armados, ni siquiera con garrotes, y por su aspecto, no parecían ser elementos entrenados, pero seguían siendo cinco hombres, no estaba segura de poder manejarlo.

—Ok, quizás sea momento de reconsiderar esto ¿vamos a regresar? —dijo Manning a Martín reevaluando las decisiones por última vez—.

—Sí, vamos a regresar. Voy a arreglarlo y vamos a regresar a casa.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Espero que sea entrando por la puerta principal, se supone que estará todo preparado... En realidad, no sé qué voy a encontrarme.

—Entiendo, lo resolveremos.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte?

—¡Claro que no! Vas a cambiar el futuro así que yo podría desaparecer o quién sabe qué cosa peor.

—No lo sabemos, no sabemos qué va a pasar.

—¡Exacto! Voy contigo a donde sea, no pienso quedarme atrapada en la cuarta dimensión... Ok, ok... veamos cómo resolvemos esto ahora —remató Manning, mirando a los guardias alrededor del Jasón—.

—No veo que lleven ningún arma —respondió Martín—.

—Sí, lo noté ¿Los comandos para el viaje, los tienes?

—Sí, y puedo cargarlos desde aquí.

Martín se dispuso a trabajar en ello. Manning recordó algo de súbito y le tomó del brazo para que se detuviera.

—¡Espera!

—¿Qué pasa? —replicó Martín contrariado—.

—¿Has hecho alguna modificación a los comandos?

—No, ¿por qué?

—La fecha. Welles dijo “los eventos del 16 de enero”, se supone que llegábamos el 17, no el 16. Cambia la fecha. —ordenó Manning—.

Martín quedó intrigado por la observación de Manning, no había ninguna razón lógica para cambiar la fecha, pero Welles había dicho 16, no 17 ¿sería una equivocación? y si no lo era ¿podría sólo dejar la fecha como estaba y cambiar lo sucedido, lo que sucedería? Quería evaluar todas las posibilidades, pero se mentía a sí mismo, era imposible, no había tiempo para posibilidades, había que decidir, quizás más con las vísceras que con la cabeza. Decidió obedecer y no jugar con el universo. Hizo el cambio en la fecha al 16 de enero de 2212 y dio inicio a la carga de los comandos en el Argo.

Por motivos de seguridad, el Argo no podía activarse desde una ubicación remota. Quien quisiera acceder a sus controles y programación debía hacerlo estando físicamente cerca del módulo principal, a través de una conexión inalámbrica de corto alcance.

Un nuevo temblor los sacudió, tan leve como los anteriores, pero más prolongado. Manning seguía mirando a los guardias pensando qué hacer, la tierra se sacudía y detenía a intervalos de pocos segundos. Manning se decidió a actuar, con muy poca confianza en el éxito de sus planes. Se quitó el overol para no ser reconocida de inmediato, un pantalón de licra negro y una franela verde militar eran ahora su indumentaria.

—Espera aquí —ordenó Manning sin mirar atrás, antes de recoger unas piedras del piso y caminar simulando estar ebria hacia la estatua—.

La mujer comenzó a lanzar piedras a la escultura —¡Maldito Martín! ¡Nos jodiste a todos! ¡Te odio! —gritó la mujer—.

Los guardias hicieron tanto caso a la escena como la propia estatua

—Esto no va a ser tan sencillo —masculló para sí la mujer—

Siguió por unos segundos más y nada cambió, ¿estarían acostumbrados a escenas como esa? Decidió subir la intensidad. Mirando a su alrededor encontró en el piso una barra de construcción de metal, la tomó y arrancó a dar golpes a los puntales que sostenían la pierna de la estatua, graduando cuidadosamente la fuerza y el ángulo para que los golpes no tuvieran ningún efecto.

Dos de los guardias se dirigieron hacia ella.

—Solo dos, ¡por supuesto! —se dijo sarcásticamente—, ¡mereces caer, desgraciado!, ¡cae!, ¡cae!

La mujer gritaba, aparentemente, sin control, pero midiendo en todo momento la distancia que la separaba de los guardias. Uno de ellos se acercó por su espalda e intentó tomarla por el hombro. Manning, en un solo movimiento, esquivó al guardia y le asestó un batazo en la rodilla con la barra. Al unísono con el crack del hueso al romperse, el hombre cayó chillando de dolor. Fácil y rápido, el guardia estaba desprevenido, el siguiente podría ser otra historia.

El piso seguía moviéndose de un lado a otro, mientras el segundo guardia se acercaba con cautela. El suelo, cada vez más bamboleante, hacía que el guardia se preocupara más por su propia seguridad que por lo que quería alcanzar. El segundo hombre intentó someter a Manning, y tal como ella lo había pensado,

este no fue presa fácil, en medio de varios ataques de parte y parte el guardia se las arregló para hacerla soltar la barra de metal y la golpeó en la cara, luego, le hizo una llave de estrangulación con la intención de someterla de una vez por todas.

En medio del forcejeo, la mujer tomó uno de los dedos de su atacante y lo quebró sin miramientos. El hombre lanzó un chillido de dolor antes de que Manning se zafara del agarre, enseguida, pateó al guardia en los tobillos haciéndole caer y miró alrededor en busca de la barra para recogerla.

Aprovechando que los pies de la estatua bloqueaban la visibilidad de los guardias restantes, Manning, como una desquiciada, daba golpes con la barra de metal al piso, muy cerca del guardia tirado en el suelo. Este gritaba de pánico con cada uno de los golpes que hacían chispas a centímetros de su cara. La treta funcionó y otros dos guardias corrieron a auxiliarlo y solo uno quedó frente al Argo. Cuando los dos nuevos guardias estuvieron más cerca fue el momento de inutilizar al que yacía en el suelo.

Golpe en la rodilla. Crack. Chillido.

Martín decidió actuar también, y, aunque apenas podía moverse en medio de los temblores, rodeó la cápsula y saltó sobre la espalda del guardia que estaba custodiándola. Estruendos de distintos tipos se escuchaban por los derredores. Gritos y personas buscando refugio completaban la escena.

El viajero del tiempo cayó sobre el guardia, lo hizo caer al piso de bruces y comenzó a darle puñetazos

como mejor podía, el hombre se cubrió la cabeza con las manos presa del desconcierto, sin embargo, a los pocos segundo logró darse vuelta hasta encarar a Martín que seguía lanzando puñetazos a su cara. El guardia intentaba, con una mano, bloquear los ataques de Martín y con la otra le asestaba con efectividad repetidos golpes en el riñón. Martín estaba a punto de ceder ante el dolor cuando una lluvia de pequeñas rocas, que se desprendieron de la estatua, cayó sobre ellos. Por el instinto más primitivo, ambos hombres suspendieron la lucha y corrieron a refugiarse. El guardia se alejó del lugar, pero Martín aprovechó el momento para correr hacia el Jasón.

El temblor era ya de una magnitud angustiante. Estando al pie de la cápsula, Martín miró a su alrededor buscando a Manning y quedó en silencio cuando a cincuenta metros divisó a la mujer batallando contra dos hombres

—¡Felicia! —gritó instintivamente Martín—.

Las ventanas de un edificio cercano estallaron en miles de fragmentos que brillaron en el aire como un juego de fuegos artificiales, mientras que, decenas de gritos de pánico irrumpieron en la noche. Manning vio como Martín se disponía a bajar de la cápsula, aunque también notó que el guardia regresaba por él. ¡Maldita sea! —pensó Manning al saber que no tendrían una mejor oportunidad—.

Mientras dislocaba el codo de uno de sus atacantes, Manning sopesó la posibilidad de desvanecerse del universo

—¡Vete! —gritó Manning a su compañero—.

El guardia que había sido atacado por Martín corría tambaleante hacia él.

—¡Vete, maldito seas!, —gritó Manning por segunda vez antes de que una piedra de gran tamaño se desprendiera de la estatua y se deshiciera al caer al lado de la cápsula—

El estruendo hizo reaccionar a Martín, quien hasta ese momento había estado paralizado sin atreverse a abandonar a su compañera. Miró desesperado a su alrededor, y notó el ripio de la piedra que había estallado a su lado, también al guardia que avanzaba a trompicones hacia él y a Manning liada a golpes con el guardia que aún quedaba en pie. Los gritos de desesperación en las cercanías y la estatua balanceándose como un péndulo invertido en medio del temblor coronaban la escena.

Martin saltó dentro de la cápsula y la compuerta se cerró, haciendo desaparecer todo ese pandemonio.

6 RECIBIMIENTO

Al salir de la cápsula, Martín trastabilló unos pasos y cayó apoyando una rodilla en el suelo. Estaba mareado, pero no volvería a desmayarse.

En lo alto, el sol brillaba con intensidad y la luz que parecía reflejarse en todas partes lo enceguecía. Todo cuanto había era de metal laqueado blanco o de vidrio. Edificios y calles rodeaban la plataforma del Argo, que estaba ubicada en lo que parecía ser el centro de una gran plaza, sin árboles, fuentes, bancas o cualquier otra cosa. Era solo un espacio vacío con piso blanco y gris pulido adornado con patrones geométricos.

Martín dejó que sus ojos se acostumbraran a la claridad. Caminaba lentamente sin saber a dónde, sólo hacia adelante. Al cabo de un minuto se detuvo, volvió sobre sus pasos y a través de la palmtop cargó al Argo la secuencia de regreso

—Nunca se es demasiado cuidadoso en este negocio —pensó Martín—.

Decenas de edificios minimalistas de formas estilizadas se extendían hasta donde alcanzaba la vista. No había vallas de publicidad, semáforos, bancas, árboles, postes, papeleras, paradas de buses.

Nada.

Pero, sobre todo, no había personas. Ni un alma. Tampoco había ruido, solo el rumor del viento entre los edificios.

Martín siguió caminando, tratando, en cada pisada, de descifrar el mundo que veía. Todas las paredes de los edificios estaban cubiertas por un musgo verde pálido, casi blanco. Este musgo era uno de los mayores logros de ese futuro «ideal», fruto de la ingeniería genética, se encargaba de purificar el aire constantemente. La transparencia del aire sin polución contribuía a componer la reluciente visión que era el futuro del planeta.

El viajero caminó sin rumbo por varias cuerdas, pero sin detenerse. Al cabo de un rato se detuvo en el borde de la acera y se dispuso a cruzar una calle más.

Puso un pie en el pavimento —también gris claro— y titubeó, no quería andar solo sin rumbo y quizás debía pensar en algún tipo de estrategia. Pasados unos segundos, el pavimento que pisaba se iluminó alrededor de su pie.

Apareció el nombre de la calle y de sus transversales con un pequeño mapa de los alrededores.

—Entonces, aún hay humanos —se dijo—.

Se regresó a la acera y metió las manos en los bolsillos para pensar. Admiró la elegancia de los edificios cuyas azoteas se perdían en las nubes. Respiró el aire impoluto sin entender por qué se le hacía un poco extraño. Aparentemente de la nada, apareció un dron de tres hélices no más grande que un puño. Se suspendió a un metro del rostro del viajero del tiempo. Del aparato emanó una voz robotizada.

—Es un gusto saludarle señor, permítame, por favor, hacerle un escaneo para identificarle, por favor —

dijo la voz inusualmente nítida y fuerte para provenir de un aparato tan pequeño—.

Martín, aún desorientado, asintió con la cabeza. No hubo láseres, ni chasquidos, ni pitidos. De inmediato, el aparato «habló» de nuevo—.

—Es usted el doctor Alexander Martín, nacido en 2072, conocido como «El viajero del tiempo». Se encuentra usted en buen estado de salud, con algunas señales de estrés. Me complace darle la bienvenida, por favor—.

Martín volvió a asentir con la boca abierta —Le estábamos esperando. Por favor, acompáñeme, por favor —dijo el aparato-.

Martín trataba de encontrarle sentido a lo que estaba viviendo, ¿dónde estaba todo el mundo? ¿Había llegado tarde? ¿Ya había sucedido y Casandra se había equivocado?, aunque estaba también el *blackout* temporal... quizás ya sabían lo que pretendía y lo llevaban para ejecutarlo.

Ya que seguía, cual borrego, al dron que flotaba delante de él, decidió tratar de obtener algo de información.

—¿A dónde vamos?

—A las instalaciones del Laboratorio 1, por favor. Allí está todo preparado según sus requerimientos.

—¿Mis requerimientos?

—Sí, por favor. El documento ha sido celosamente guardado y minuciosamente ejecutado, siguiendo las instrucciones al pie de la letra para que usted pueda ejecutar sus actividades, por favor. Todos los S. A. estamos preparados para recibirle.

—¿S. A.?

—Seres Artificiales, si considera usted apropiado ese término, por favor. Hemos seguido recibiendo información de las sondas, la cual es muy... confusa, por así decirlo. La amenaza de los asteroides es cada vez más inminente y es de nuestro conocimiento que usted tiene el mejor entendimiento posible para lidiar con el problema, por favor...

El tono del aparato cambió y se hizo más introspectivo, si tal cosa era posible.

—Algunas veces me he preguntado cómo un algoritmo de hace cien años estaría en mejor capacidad que los actuales de analizar los datos provenientes de las sondas... pero no pienso mucho en eso —dijo el aparato—.

Luego de algunos minutos caminando, llegaron a su destino. Desde afuera, el Laboratorio 1 parecía un pequeño cobertizo de forma semiesférica, pero esto era solo la entrada a un búnker.

—Esta gente adora estar bajo tierra —pensó Martín al recordar las instalaciones del Argo cuando tomaron el ascensor—.

Mientras descendía, con el dron flotando a su lado, seguía pensando en las personas, ¿qué les habría pasado a todos? ¿estarían extintos?, ¿desterrados?

—¿Dónde... dónde están todos? —finalmente preguntó al dron—.

—¿Quiénes «todos»? , por favor, ¿podría ser un poco más específico, por favor?

—Las personas... todas las personas.

—En sus hogares, ¿dónde más podrían estar?, por favor.

—No lo sé, en cualquier parte... no tengo mucho conocimiento de cómo funcionan las cosas ahora.

—Permítame explicarle, por favor. Las personas no tienen necesidad de abandonar sus hogares, y no lo hacen. Pueden trabajar, divertirse, socializar, estudiar o recibir atención médica en sus casas.

—¿Cómo procrean? —fue lo primero que se le vino a la mente a Martín—. Umm ¿qué más da?, tendré que preguntarle.

—¿Cómo procrean?

—Por favor. Pueden hacerlo también desde sus casas o a través de los procedimientos primitivos, cada vez más en desuso. En cuanto a la organización social, hay todo tipo de familias actualmente, hay personas que deciden vivir juntas en un mismo espacio habitacional, aunque la familia más común es la tradicional, la familia unipersonal.

—¿Cómo puede funcionar tal cosa?

—Dos humanos que deciden procrear aportan sus genes para la generación de un nuevo humano. Este es mantenido en una instalación de cuidado hasta que pueda valerse por sí mismo, lo que sucede alrededor de los seis años. Luego, es reubicado en su departamento.

—¿Y sus padres nunca lo ven?

—La interacción está garantizada, puede ser 24/7 si los progenitores así lo desean, a través de *neuralinks*. Martín iba a preguntar qué rayos era un *neuralink* cuando el ascensor se detuvo y se abrió. Frente a él apareció una

puerta de seguridad. El hombre notó que la puerta tenía forjada la silueta de una mano, dio unos pasos, se paró frente a la puerta y esperó a que algo pasara, luego, volteó a ver el dron a su derecha y este último giró noventa grados hacia la izquierda para «mirarlo».

Luego de unos segundos el dron giró de nuevo hacia la puerta, Martín entornó los ojos con un suspiro y puso su mano en la silueta. La puerta se iluminó e hizo algunos ruidos, acto seguido se abrió y el hombre y la máquina entraron al Laboratorio 1.

—Está todo adaptado a sus requerimientos, por favor; interfaz física de teclas y pantalla proyectora —dijo el dron que parecía complacido—.

—¿si no cómo? —preguntó Martín para sí mismo—.

El hombre se sentó frente a la pantalla y puso su mano sobre otra silueta ubicada en la mesa, la pantalla se encendió y el sistema inició con las rutinas de arranque. Su mano vibró y el hombre la miró sin empacho. En la palma se leía «ASEGURA LA PUERTA. A TODA COSTA»

Martín cerró el puño de súbito y miró a todos lados en el cuarto, solo vio al dron flotando a su lado, luego trató de disimular su sobresalto.

El dron flotaba a metro y medio de distancia del hombre, sin advertir lo que acababa de ocurrir.

Martín se paró de la silla intentando no levantar sospechas y se dirigió a la puerta. Los seguros internos eran mecánicos, no se había fijado eso al entrar. Martín cerró la puerta y tomó el manubrio de los seguros.

—No es necesario —El dron se aproximó a Martín con sutileza—.

—¿Cómo? —dijo Martín mientras seguía intentando mover los pesados seguros—.

— No lo haga, no es necesario... Estamos completamente a salvo aquí.

— Ah... ok... claro, claro.

Martín dejó lo que estaba haciendo y caminó hacia el asiento, no sabía si era paranoia, pero el dron se sentía tan cerca que parecía zumbarle en la oreja, hizo el ademán de sentarse, y, por el contrario, tomó el teclado con ambas manos y le asestó un violento golpe al dron, que impactó contra el techo y cayó al suelo.

El aparato despegó de nuevo volando erráticamente. Martín se aproximó a grandes trancos al dron, lo agarró a mano limpia y lo estrelló contra el suelo; acto seguido, desprendió a dar pisotones frenéticos a los pedazos dispersos del diminuto robot.

Cuando creyó haberlo inutilizado por completo, comenzó a tomar profundas inspiraciones para tranquilizarse. Las delgadas hélices del dron le habían hecho pequeños cortes en la mano derecha de los que se desprendían hilillos de sangre. Recordando su objetivo real, corrió a la puerta y aseguró las trancas mecánicas.

Se sentó con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, un icono de videollamada apareció titilando en la pantalla.

—¿En serio, una llamada?... ok, ya nada puede sorprenderme —pensó, mientras le hacía clic al icono

entornando los ojos. La imagen en la pantalla le probaría lo contrario—.

7 DECISIÓN

La pantalla de la computadora se iluminó y un rostro de mujer con los cabellos prolijamente recogidos apareció en ella.

—¡Mieres!

—Martín, ¿cómo se encuentra?

—¡Mieres!, ¿¡cómo es posible!?

—Cortémoslo aquí, Mieres está muerta, pero en tu defensa, soy lo más parecido a ella que podrás encontrar. Estás hablando con una simulación de consciencia. La consciencia de Rebeca Mieres ha sido copiada a un computador con la mayor fidelidad posible, en este caso, aproximadamente al 53 %, y ahora un software de simulación de consciencia está interactuando contigo.

Martín se puso de pie y se llevó las manos a la cabeza, respiraba con agitación

—¿Puedes asimilarlo? —preguntó la «mujer» en la pantalla sin dar ningún indicio de tratarse de un ente sintético —.

Martín tomó una bocanada de aire como si fuese a sumergirse en un tanque de agua y asintió, se sentó y miró la pantalla a los ojos.

—No hay tiempo para largas explicaciones, todo el software de planeta ha sido infiltrado para creer en la amenaza de los asteroides, la tecnología no se interpondrá en tu camino, confían en ti, — Martín miró de reojo al dron hecho pedazos en el piso—, pero

hay un cambio de planes, debes asegurarte de llegar a todos los dispositivos, absolutamente a todos. Debes rastrear todo el globo.

—Pero... pero me han dicho cosas terribles.

—Analiza los datos Martín, la respuesta está allí, analiza los datos y toma la decisión.

—¿Qué hay del sincronizador?

—No tengo información al respecto.

—¡El sincronizador! ¡En el futuro!... en el futuro el sincronizador está descalibrado, hay terremotos y... y no hay manera de corregirlo, ¡la tecnología no existe! —explicó a la pantalla, torpemente—.

—No tengo información al respecto.

—¡Maldita sea! —masculló Martín, la Mieres de la pantalla ya no le parecía tan real—.

—No he sido precisa, no todo el software ha sido infiltrado. Ha habido una iniciativa personal para detenernos, quizás sepan tu ubicación, creímos haberla neutralizado, pero hemos dejado cabos sueltos, sin embargo, este computador es seguro. También podrás modificar la programación del Argo desde aquí, hemos instalado una línea de comunicación segura a través de este computador.

La mujer en la pantalla hizo una pequeña pausa y luego agregó:

—Asegúrate de llegar a todos los dispositivos, Martín. Ponte a trabajar y asegura la puerta a toda costa.

La imagen de la mujer desapareció de la pantalla y la sustituyó un *prompt* titilante.

—¡No! ¡No! ¡Es una destrucción controlada! —hablaba para sí mismo como un desequilibrado—. Es una destrucción controlada, todo el puto entrenamiento fue para una destrucción controlada, los accesos, los scripts ¡todo! ¿cómo voy a llegar a todas partes? ¿y cómo voy a hacer que se destruyan? ¿y la gente? ¡Dios mío, la gente! No, no puedo hacerlo, no puede ser así... Mieres está equivocada, tiene que estarlo... los datos, voy a analizar los datos... a medir el alcance, así... así no tendré que... así no tiene que ser global

Martín, desesperado, pensaba en cuanto había tenido que pasar para que todo llegara a ese punto y, ciertamente, habían pasado muchas cosas de las que nunca se enteraría.

Las simulaciones de Casandra estaban generadas a partir de datos recolectados alrededor del mundo, tanto de eventos de alto nivel de abstracción como golpes de estado, descubrimiento de vacunas o los resultados del Miss Universo, como de eventos más primitivos como las erupciones volcánicas, el comportamiento de las mareas o datos meteorológicos.

Un modelo ontológico sin precedentes le permitía a Casandra asimilar información de cualquier tipo y utilizarla en mayor o menor medida en sus predicciones, retroalimentándose de sus aciertos y fallos logrando que sus predicciones fuesen cada vez más precisas. Casandra era la pieza de inteligencia artificial más evolucionada jamás creada, sin embargo, no era infalible.

Aunque los eventos principales eran acertados, en la mayoría de los casos los detalles podían ser difusos: la fecha del suceso, el impacto futuro. Mientras más lejos en el tiempo se encontraban los sucesos, las bifurcaciones de los eventos crecían exponencialmente y hacía casi imposible determinar con certeza el camino que al final tomaría el curso de la realidad.

Por otro lado, estaba el *blackout* temporal, Casandra no podía comenzar a predecir ningún evento relacionado con un desplazamiento temporal sino hasta que Jasón llegara al momento destino. Solo hasta ese instante las predicciones generadas comenzaban a «percibir» la influencia de las personas u objetos que hubieren viajado. Durante el período transcurrido entre la partida y el arribo de Jasón, su existencia se desvanecía, simplemente desaparecía y no producía ninguna fluctuación en el universo que pudiera ser recogida por Casandra.

Si bien el problema de *blackout* nunca pudo resolverse, hubo algo que cambió por completo las predicciones de Casandra: dos decisiones tomadas casi al unísono dieron un vuelco a todo lo que había sucedido antes. La primera fue desplegar módulos de Casandra en los dispositivos personales de la mayor cantidad de personas posibles, y en general, en todos los dispositivos posibles.

A partir de 2099, el registro de los hechos más mundanos de la población refinó la precisión de las predicciones en más de un veinte por ciento; la hora del despertador, los recorridos diarios, las consultas

en internet, el contenido de los refrigeradores o la cantidad de pan tostado en la mañana; cada mínima acción era registrada. Mieres, de manera ilegal, había infiltrado equipos personales, electrodomésticos, equipo médico e industrial, sistemas de navegación y en general todos los dispositivos tecnológicos posibles con la herramienta de vigilancia más sofisticada e invasiva jamás creada, herramienta que al final del día, no vigilaba a nadie.

A nadie le importaba lo que la gente hiciera y nadie se preocupaba por utilizar los datos de los módulos de Casandra como instrumentos de vigilancia personal (quizás porque nadie fuera del proyecto, y muy pocos dentro, tenían conocimiento de la existencia de estos datos). Todos los datos iban a parar a las redes de procesamiento central de Casandra y allí se perdían para siempre. No eran almacenados en ninguna parte, sólo eran instrumentos de refinamiento.

Mieres convencía a todos que las mejoras en los resultados eran solo «optimizaciones del algoritmo» y en realidad, nadie quería saber mucho sobre como la implacable mujer lograba los resultados, mientras los siguiera logrando. Sin embargo, y para sorpresa de todos los involucrados, el toque final para la infalibilidad de Casandra llegó a través de una idea en la que nadie creía, que se usó sólo como una excusa para justificar inimaginables sumas de dinero que en realidad se usó para «convencer» a la tecnología del futuro que la amenaza de los asteroides era real.

En 2100, comenzó la construcción acelerada de cien-

tos de sondas espaciales que serían lanzadas al universo, sin rumbo fijo y en distintas direcciones con la única intención de transmitir datos hacia las redes centrales de Casandra.

Los comunicadores de entrelazamiento cuántico aseguraron que los datos se recibieran apenas eran captados por los sensores de las naves. Esto cambió el juego.

Antes de las sondas, el conocimiento de los hechos futuros creaba turbulencias temporales que afectaban esos mismos hechos que luego no se producían como fueron predichos. La recepción de datos cósmicos redujo estos errores de predicción a valores marginales y permitió crear simulaciones rápidas donde se evaluaban los resultados de ciertas acciones; Casandra ejecutaba simulaciones que podían afectar el futuro y cuyos posibles resultados a la vez eran tomados en cuenta para ejecutar más simulaciones, la realidad se desdoblaba de adentro hacia afuera y se miraba a sí misma antes de existir, para, instante tras instante, colapsar en un evento único entre millones de posibles eventos, que Casandra siempre era capaz de prever.

La recolección de datos cósmicos desveló un universo compacto, como un objeto sólido que se extiende infinitamente en todas direcciones y donde cualquier fluctuación en su interior genera una reacción en cadena en toda la materia circundante que está condenada a propagarse sin remedio por toda la eternidad. Todo esto había sido posible gracias a la falta de es-

crúpulos de Rebeca Mieres, quien había preparado el proyecto de recolección de datos cósmicos y había cumplido con cada uno de los objetivos propuestos en el folio de ochocientas páginas que había entregado y que en un principio no le interesaba en lo más mínimo. Su verdadero objetivo era allanar el camino que Martín tendría que recorrer dentro de cien años y la solución había sido, por decirlo de algún modo, elegante.

La complejidad del software para 2099 había crecido exponencialmente, en ese momento era impensable que una sola persona pudiera siquiera hacer un programa para sumar dos números sin utilizar cientos de librerías y recursos de software previos. No existían los «desarrollos desde cero», todo estaba basado en software preexistente con décadas de desarrollo. Por todo esto, existía un repositorio universal de código al que cualquiera que deseara construir un software, desde un programador solitario hasta una megacorporación, debía recurrir para obtener el código base para su desarrollo, desde las capas fundamentales del software hasta los niveles más altos de abstracción.

Mieres, con un ejército de hackers, una gran cuota de poder y mucho dinero de por medio, modificó las capas bajas de los módulos de razonamiento para que las IA encontraran consistentes los datos provenientes de la sonda enviada en dirección al clúster de asteroides y para no considerar otra posible solución para el asunto que la intervención del Doctor Alexander Martín en el año 2212. La tecnología «creería» en Martín y no se cuestionaría su misión.

Ya antes de eso, Mieres y su ejército habían intentado afectar el núcleo de vida de la IA, el módulo encargado de preservar la propia existencia de la tecnología, para infiltrar un código que permitiera destruirla, pero esto fue imposible. La misma tecnología custodiaba fuertemente cualquier modificación a este módulo y todas las rutinas señuelo fueron detectadas y eliminadas de inmediato.

Por eso necesitaron enfocarse en una función menos crítica y menos custodiada. A través de décadas de trabajo minucioso, Mieres y su equipo crearon para la IA la imagen de un mesías en la figura de Martín, que no solo estaba destinado a salvar la humanidad sino a la tecnología misma, por lo que era un imperativo ayudarle en su misión. Todo lo que tenía que ver con la amenaza de los asteroides terminó por ser aceptado sin mayores cuestionamientos.

La Mieres de la pantalla había dicho que desde allí podría acceder al Argo, sin embargo, Martín había cargado la secuencia en el vehículo antes de comenzar a deambular por la ciudad, así que podía olvidarse de ese asunto. Pero no todo estaba resuelto, ya que aún debía analizar los datos para medir el alcance de la desactivación, se resistía a aceptar ciegamente la orden de Mieres, y aún si así lo hiciera, debía resolver cómo acceder a los dispositivos y al software esparcido por el mundo entero.

No sabía por dónde empezar. Intentaba recordar su entrenamiento, pero no el que le habían dado para la misión, sino el que había recibido durante toda una

vida de estudios. Era físico con doctorado en astrofísica y maestría en ciencias de la computación, dedicado durante más de media vida a escribir software para escudriñar el universo y el futuro.

Cuando buscas en algo tan vasto como el universo entero, puedes mirar a donde sea, cualquier lugar es tan bueno como cualquier otro. Por otro lado, enfrentarse a una tarea titánica puede ser abrumador, pero no es necesario hacerlo todo a la vez, es posible enfocarse en el primer paso y luego en el siguiente, y en el siguiente, hasta terminar. Con esas dos ideas en mente, finalmente comenzó a teclear.

—Hay que dar un primer paso, puede ser en cualquier dirección, las ideas irán apareciendo —se decía tratando de darse un poco de confianza—.

Hizo un escaneo de puertos abiertos en la red, no vio nada fuera de lo común, ejecutó el reconocimiento de dispositivos que había llevado en sus scripts, 1 538 650 772 dispositivos programados para ser desactivados fueron reconocidos.

De repente lo recordó:

—¡El sincronizador! —dijo para sus adentros Martín—. Quizás no era el objetivo principal de su misión, pero tenía que saber qué pasaba con el aparato. Ya Martín tenía un blanco al cual apuntar. Parecía que un hilo le daba una salida del laberinto.

Hizo un escaneo de la actividad, analizó la trayectoria, las fuerzas, la energía producida, la consumida y vio las proyecciones hasta que ya no tuvo dudas: el sincronizador estaba descalibrado, en efecto, desde

hacía varios años, solo que los efectos de este desajuste aún no se habían manifestado, pero podían llegar a ser catastróficos.

—Otro escenario apocalíptico, magnífico —pensó Martín—. Ejecutó cientos de simulaciones y de todas las posibles soluciones que probó, la de menos impacto produciría terremotos de leves a moderados en todo el globo en aproximadamente 100 años, por un período de 30 años

—¿Cómo iba a ser de otra manera? —pensó—.

Ajustó los parámetros necesarios y los cargó a la máquina sepultada a miles de kilómetros en la Tierra. Luego de esto, no tuvo otra opción que volver a su tarea anterior, ejecutó un nuevo ciclo de simulaciones, ampliando los parámetros para estar seguro. De cierto modo estaba evadiendo lo que en realidad debía hacer: determinar el alcance.

Hizo un escaneo del propio equipo para ver qué contenía, entre una y otra cosa que podría serle útil, había una consola de administración de Casandra, entró en el sistema y miró las predicciones recientes. Intencionalmente evitó mirar lo que pasaría en los próximos días, en las próximas horas, a estas alturas, Martín no sabía cómo podía reaccionar. Miró las predicciones más lejanas que tuvieran un nivel de certeza aceptable, cerca del 85 %. Miró la pantalla por varios minutos sosteniéndose la cara entre las manos, con los codos apoyados en la mesa.

Se restregaba la cara con las manos y seguía tecleando. Descartó los scripts que había llevado consigo.

Ahora preparaba simulaciones de realidad, para saber «qué pasaría si». Cientos de parámetros fueron configurados, el más importante, la cantidad de dispositivos a desactivar, el límite inferior del intervalo, 1 500 000 000, sin límite superior. Gráficas de crecimiento, árboles de predicciones, tablas de niveles de certeza, todo era revisado con minuciosidad.

Los parámetros se ajustaban, los resultados se refinaban y los datos, que no saben mentir, se materializaban frente a él, observándole de vuelta, escudriñándolo, retándolo a tomar una decisión a sus espaldas. Martín los revisaba y contrastaba constantemente, desde distintas ópticas, diseccionándolos para asegurarse de no haber dejado ningún cabo suelto. Los miraba como a un ser vivo al que intentaba engañar con astucias para poder escapar de su dominio, se engañaba a sí mismo, los datos, como un golem frío e implacable, le sostenían la mirada y cada segundo que pasaba le acorralaban en una trampa donde cada movimiento para intentar escapar no hacía más que apretar los nudos que le sujetaban.

Cuando miras largo tiempo en el abismo, el abismo también mira en ti.

Martín aún no tenía idea de cómo haría la desactivación, y tampoco estaba conforme con los resultados de las proyecciones y simulaciones a pesar de que ya se contaban por cientos de miles, necesitaba obtener un resultado que siempre le esquivaba.

Cuando se persigue un resultado que no se logra, se empiezan a contemplar más y más variables y a pen-

sar en cualquier resquicio de posibilidad, por remota que fuera, para acercarnos a la respuesta anhelada.

En ese estado se encontraba Martín, preso de una angustia de la que se quería librar a como diera lugar, irónicamente, uno de los caminos que quiso recorrer para escapar terminó por acabar con sus ilusiones.

Martín pensó que podía haber un fallo en Casandra, al fin y al cabo, el Laboratorio 1 parecía suspendido en el tiempo y no sabía si Casandra seguía teniendo actualizaciones, solo para estar seguro y ver si las predicciones mejoraban, actualizaría el core de razonamiento, tecleó los comandos y un mensaje apareció en pantalla.

918 618 935 116 dispositivos pendientes por actualizar ¿desea continuar? Y/N

El mensaje en la pantalla lo atravesó como un puñal, era casi una señal divina, solo que no la que estaba esperando. Novecientos dieciocho mil millones no podían ser otra cosa que todos los dispositivos del planeta. Por alguna razón que desconocía, Casandra estaba instalada en todos los dispositivos del planeta, pasó varias horas leyendo documentación sobre Casandra, no fue fácil encontrar información sobre lo que había pasado, inclusive teniendo acceso a fuentes clasificadas. Revisando la información fragmentada que pudo obtener, encontró algunas incongruencias que resultaban muy convenientes para lo que se proponía hacer en ese momento. Aún sin poder armarse una imagen clara de los hechos, lo que podía ver sobre el desarrollo de Casandra no parecía producto de la evolución

orgánica, o de la casualidad, tenía que ser orquestado. Ignorando todo lo que había visto, decidió continuar con las proyecciones y simulaciones de realidad.

Millones de simulaciones con millones de iteraciones cada una, en todas el mismo resultado. Sabía lo que tenía que hacer, ya lo había hecho en el discontinuo del tiempo y estaba ahora viviendo el antes luego de haber vivido el después. Sabía lo que tenía que hacer pero no se decidía, no se decidía a dar el primer paso de un camino que ya había recorrido.

En ese momento, la idea del libre albedrío corroía sus pensamientos, ¿podía levantarse e irse? ¿Suicidarse? le hacía gracia recordar cómo en clase de neurociencias un panel de doctores afirmaban la inexistencia del libre albedrío. ¿Era todo determinístico, entonces?, ¿no puede un hombre hacer lo que desea? Quizás Einstein tenía razón cuando repetía las palabras de Schopenhauer como un mantra para profesar el determinismo «Un hombre puede hacer lo que desea, pero no puede elegir lo que desea», entonces... ¿no es responsable el asesino de las personas que mató? ¿Sus acciones estaban escritas desde el principio del universo?... El asesino está destinado a cometer los crímenes, pero igual debe ser encarcelado...

El libre albedrío, a fin de cuentas, es una cuestión de responsabilidad, tenemos opciones, podemos elegir, está en nuestras manos, pero si el libre albedrío no existe, entonces no somos responsables, porque no tenemos escapatoria.

Ambas ideas batallaban en su corazón; su destino era inexorable, una cadena de eventos que inició en el

principio del universo lo había llevado hasta allí y no había escapatoria, pero no sentía más que responsabilidad, serían sus manos y sólo sus manos las que desencadenarían todo, quería que todos esos doctores estuvieran allí con él, que tuvieran que escribir las instrucciones, que tuvieran que presionar la última tecla, pero estaba solo, infinitamente solo y su lucha interna era fútil. Él sería el único responsable. Aunque no pudiera elegir.

Escribía con avidez, la sangre que no había parado de salir de sus dedos manchaba el teclado que había sido de un blanco impoluto, su mente estaba cada vez más errática, se presionaba los ojos y rascaba la cabeza compulsivamente para concentrarse. La sangre seca en el pelo y el rostro le hacían parecer un mártir, un desquiciado, un asesino, quizás lo era todo a la vez. Lleno de náuseas y con el pecho oprimido, escribió por más de una hora. Mientras más lo hacía, más se abrirían sus heridas.

El programa estaba listo, luego de 14 000 605 corridas de refinación, ya podía confiar en los resultados. Introdujo la programación en el repositorio central. Desplegaría una actualización del módulo de Casandra en todo el globo, solo el SRT sería excluido. Sería una actualización urgente no revocable y desde allí iniciaría la desactivación. Casandra se encontraba instalada en todos los dispositivos tecnológicos del planeta. Las actualizaciones urgentes del core de razonamiento se saltaban todos los protocolos y se ejecutaban de inmediato, algo más que agradecer a Mieres.

Un resumen de los parámetros apareció en la pantalla.

El alcance.

Sólo podía ver el alcance.

Dio un golpe seco a la tecla «enter» que retumbó como el martillo de un juez dictando sentencia a toda la humanidad.

8 HUIDA

El prompt titilaba en la pantalla... diez segundos... nada...

Martín lo miraba sin siquiera parpadear.

Veinte segundos... nada.

No había posibilidad alguna de error pero las ansias humanas no saben de cálculos y el desasosiego se esparcía en su cuerpo como tinta en el agua... treinta segundos... algo tendría que haber pasado ya... el estómago le dolía como si lo jalaran desde adentro, un mareo le sobrevino y el cuerpo entero se le erizó, sentía pavor... cuarenta segundos...

La secuencia de actualización ha iniciado con éxito - 0 % completado.

El mensaje en la pantalla le había devuelto al mundo de nuevo. Tomó una inspiración rápida y profunda y al exhalar todo su infierno desapareció. Cuán voluble es la naturaleza humana, cómo pasamos de estar en control a estar perdidos, todo provocado por una idea en nuestra mente. El miedo hace olvidar toda prueba, toda seguridad, toda certeza, no hay lógica que lo controle y luego, cuando vemos la realidad que siempre estuvo allí y las cosas caen en su puesto, nos sentimos algo tontos por un momento, y al instante siguiente de nuevo en control, como si nunca hubiésemos estado asustados. Somos el juguete de nuestras propias emociones.

Actualización en progreso - 4 % completado.

No había necesidad de esperar más, solo una catástrofe podría evitar que la actualización se completara, y si esta catástrofe ocurría, no quería estar allí. Como si la ausencia de un observador evitara que se sucediera. Abandonó su silla en dirección a la puerta, al cabo de unos pasos se detuvo en seco. El Argo, había olvidado excluirlo de la actualización, sería afectado también por el módulo falso de Cassandra y quedaría inservible. A través del computador que se había preparado para el Laboratorio 1 era posible detener la actualización, para excluir el Argo y luego volverla a arrancar. Esta idea no convencía a Martín, aunque se trataba de un cambio “sencillo”, sería incapaz de ejecutar el resultado sin hacer una nueva ronda de simulaciones, lo que le tomaría horas y las advertencias de Mieres no dejaban de resonar en su cabeza. Solo quedaba una opción.

Actualización en progreso - 9 % completado.

Se sonrió por la ironía del espacio-tiempo, ya entendía porque el Argo estaba apagado para el momento de su llegada, “todo debe suceder como siempre ha sucedido” se dijo mientras programaba el aparato para desactivarse después del viaje, pensándolo bien, esto le favorecería, todo el mundo creería que el Argo había sido afectado por la desactivación, igual a todo lo demás. Ahora quedaba el dilema de cuándo debía encenderse el Argo nuevamente, Martín pensó que no podía ser al poco tiempo de la desactivación, todo sería un caos, tendría que haber pasado mucho tiempo, para que las cosas ya se hubieran estabilizado pero ¿cuándo?

Actualización en progreso - 14 % completado.

Mientras pensaba se dio cuenta que no tenía que decidirlo, ya lo sabía, 2337. Welles lo había mencionado en la sala donde lo habían tenido en custodia. Sabía el año, pero no la fecha, eso sí tendría que decidirlo. Por lo que recordaba parecía verano, así que elegiría una fecha en verano. Era todo tan extraño, decidir sobre lo que ya había pasado, sobre lo que ya le había pasado. ¿Estaba obligado a elegir el año 2337?, ¿podía tan solo teclear otra cosa y cambiar el futuro?, ¿podía siquiera elegir?

Decidió que nunca se enteraría y escribió: 15 de julio de 2337.

¿Entonces era 15 de julio cuando llegaron por primera vez?, ¿podría alguna vez saberlo? Inclusive si lograba volver y lo comprobaba ¿había sido así la vez anterior?

No había tiempo que perder, la destrucción no comenzaría hasta que todos los dispositivos estuviesen actualizados y esta última se haría primero en los módulos más simples, escalando hacía el software más complejo. Siendo el Argo la máquina más grande y compleja del mundo, confiaba en que fuese la última en la lista y que pudiera dejarlo viajar y desactivarse antes de recibir la actualización.

Transfirió toda la operatividad de la computadora que había estado usando a la que llevaba emplazada en la mano e inutilizó la máquina del escritorio. La palma de su mano se iluminó.

Actualización en progreso - 17 % completado.

Debía ser tiempo suficiente. Salió del edificio y la ciu-

dad seguía desolada. No estaba lejos, unas cuantas cuadras y todo habría terminado, caminaba con prisa, corría algunos metros y volvía a caminar. Luego de andar por un rato, un pequeño dron le salió al encuentro, Martín se sobresaltó al verle, pasó unos segundos expectante para luego continuar su camino ignorándole, ya nada le interesaba, solo llegar al Argo y salir de ahí.

—Saludos, señor Martín ¿Puedo ayudarle en algo? Por favor. —habló el aparato con voz de mujer—.

—No, gracias —dijo secamente—.

—Por favor, estamos muy agradecidos por sus servicios, permítame asistirle, por favor.

—¡Piérdete!

El robot se alejó zumbando.

Actualización en progreso - 22 % completado.

El pavimento se extendía frente a él hasta donde alcanzaba la vista, mientras caminaba para recobrar el aliento, una sensación extraña se fue apoderando de él poco a poco, no sabía que era pero algo estaba sucediendo. Durante su marcha, sin que él lo advirtiera, los ventanales blancos de los edificios estaban haciéndose cada vez más translúcidos.

Actualización en progreso - 29 % completado.

Siluetas humanoides fueron apareciendo en los ventanales hasta ocuparlos casi todos. Las figuras formaron un patrón como si los pálidos edificios hubiesen sido cubiertos por unas gigantescas mallas tejidas. Eran los habitantes de aquel lugar que le era tan ajeno, tanto como lo hubiese sido un planeta alienígena.

No tardó en darse cuenta, miraba a su alrededor, sorprendido y asustado. No podía verlos a la cara, pero sabía que le miraban, esperando que algo pasara, era una mota de moho en una placa de Petri, observada en espera de una reacción

— ¿Qué importa?, ¡hay que seguir! — se ordenó a sí mismo y reanudó la carrera—.

Cada paso le acercaba más al final de la maldita misión, unas cuadras más, solo unas cuadras más.

Actualización en progreso - 35 % completado.

Martín, que seguía su marcha sin pausa, distinguió en el horizonte algo de movimiento, no sabía qué era. Lo ignoró, debía enfocarse en llegar al Argo, siguió corriendo mientras la figura se hacía un poco más grande y definida. No, no era un objeto, eran dos, dos... personas... personas que corrían en su dirección. No sabía qué era, pero decidió que no podía ser bueno, apresuró su carrera, ya estaba cada vez más cerca de la plaza donde estaba el Argo.

Actualización en progreso - 39 % completado.

Acercándose más y más a cada segundo que pasaba, las figuras corrían a velocidades que no eran humanas, podían hacerlo porque, en efecto, no lo eran, eran androides que se desplazaban cada vez a más rápido hacia él. Ya en la plaza. Martín corría con lo que le quedaba de fuerzas hacia la cápsula hasta que uno de los androides llegó a su encuentro empujándolo y haciéndolo rodar varios metros.

Actualización en progreso - 47 % completado.

Martín se incorporó lo más rápido que pudo y miró a los androides pensando solo en como sortearlos, no

le interesaba saber de dónde habían venido, ni por qué le perseguían, nada, solo llegar al Argo, intentó correr en otra dirección pero fue inútil, en el fondo siempre supo que lo sería, los androides, de un salto, llegaron a donde estaba. Martín ya estaba preparado, logró empujar a uno de ellos mientras aterrizaba y corrió en otra dirección, el segundo robot se tropezó con la unidad que estaba en el suelo y en un solo movimiento rodó por el piso y se levantó. Unos cuantos pasos que retumbaron en el suelo le bastaron para alcanzar a Martín y golpearlo con el canto de la mano haciéndolo caer de bruces. Mientras Martín intentaba levantarse, el androide que había tumbado hacía unos segundos estaba a su lado para tomarlo por la parte posterior del cuello y levantarlo en vilo.

Actualización en progreso - 51 % completado.

Aún desorientado abrió los ojos y frente a él flotaba el dron de hacía unos minutos.

—Señor Martín, por favor, ¿puedo ayud...?

Un manotazo como quien espanta una mosca estrelló el aparato contra una pared cercana para luego caer al suelo entre vibraciones desacompasadas. Martín aprovechó el movimiento del androide y se zafó de su agarre para intentar correr de nuevo, el androide reaccionó de inmediato y le pateó por la espalda, el hombre dio grandes trancos intentando inútilmente evitar la caída, pero antes de tocar el suelo le sorprendió una patada en la cara del otro robot.

El humano voló unos centímetros sobre el suelo y cayó de espaldas como un fardo con sus brazos ex-

tendidos en cruz, una de sus manos fue a parar al lado del dron semidestruido, usando la fuerza que le restaba lo agarró y se lo puso frente a la cara

— ¡Ayúdame! —balbuceó antes de que le abandonaran las fuerzas—.

El aparato cayó al suelo chisporroteando y Martín perdió el conocimiento.

Actualización en progreso - 68 % completado.

Al despertar, le dolía la mandíbula, sacudió la cabeza buscando algo de lucidez. Colgaba boca abajo mientras cada uno de los androides lo sostenía por un brazo, frente a él un hombre parecía esperar que reaccionara, intentaba identificarlo cuando un pensamiento lo asaltó

—¡Dios! ¿Cuánto tiempo ha pasado? —se miró la mano desesperado—.

Actualización en progreso - 75 % completado.

Los androides soltaron a Martín al unísono y este cayó de rodillas en el suelo, desde allí escuchó las voz del hombre frente a él.

—No se preocupe Doctor Martín, aún hay tiempo para detener esta atrocidad.

—Atencio, ¿qué está haciendo?

—Lo que se debe hacer.

—Atencio, no ¿qué pretende?

—¡Detenerle, Martín!, ¿qué otra cosa espera que haga?, ¿es que no está consciente de lo que intenta hacer?, ¿lo que sucederá en el mundo?

Atencio hablaba con gravedad, con la convicción de quien cumple con una gran responsabilidad. No era

un desquiciado tratando de dominar al mundo o de destruirlo, quería lo mismo que Martín, salvarlo. El hombre siempre había estado en contra de la misión, nunca creyó en el futuro que le relataban ¿podía alguien creerlo?, ¿aceptarlo?

Alguien que no estuviese allí con Casandra, día tras día, año tras año, viendo cada evento hacerse realidad, cada sentencia de Casandra que terminaba siendo más un designio que una predicción.

Atencio era un buen hombre, un gran hombre que había arriesgado todo, abandonado todo para salvar a la humanidad. Pero debía detenerlo a como diera lugar.

— ¡Atencio!, ¡Atencio! Esto es un error. Atencio, es real, sucederá, invariablemente.

—No intente convencerme Martín. He dedicado más años que los de mi propia vida a esto. Sin embargo, Mieres fue muy astuta, nunca pude saber cómo lo haría, tenía que esperar que sucediera y eso nos trae a este momento.

—Atencio no se engañe, si podía evitarlo ¿qué estamos haciendo aquí?, ¿por qué no lo ha hecho ya?

—Porque necesito esa computadora que lleva en la mano.

Actualización en progreso - 86 % completado.

—Por favor, Martín, no se resista, sólo lo hará peor, debe saber que no quiero hacerle daño, pero no hay otra manera. —dijo casi disculpándose—.

—Atencio por favor, esta no es la manera, sé que cree que está haciendo lo correcto, pero no hay otra forma, todos morirán, si lo evita, todos morirán.

—No es posible Martín, no es posible que la única manera de salvar a la raza humana sea llevarla casi a su exterminio. Debemos intentarlo, debemos correr el riesgo.

—En el futuro, en el futuro el sincronizador está descalibrado, el planeta se hará pedazos Atencio, esto lo corregirá, esto tiene que suceder. —mintió Martín intentando convencerle—.

—No tengo información al respecto. —dijo, Atencio a secas. Martín resopló frustrado—.

—¿Y qué si no hay otra manera!?

—Entonces merecemos extinguirnos. Extraigan la computadora sin dañarla. No le hagan más daño del necesario.

—¡Noo! ¡Nooo! ¡No lo haga!

Actualización en progreso - 91 % completado.

De la punta del dedo de uno de los androides surgió un bisturí de no más de dos centímetros. Martín se cubrió la cara con las manos horrorizado, parecía sollozar desconsolado, uno de los androides le tomó de la muñeca con una mano y le obligó a poner la palma hacia arriba mientras le sostenía los dedos con la otra mano.

Martín se retorció en todas direcciones, pero la palma de su mano no se movía ni un milímetro. El bisturí entró con suavidad en la carne y una gota de sangre carmesí se formó en la comisura inferior de la herida, Martín daba gritos más de desesperación que de dolor y pataleaba tanto cómo podía, algunas patadas iban a parar a ambos androides con un mínimo efecto, sin embargo, el segundo robot le sujetó por el

cuello hasta apenas dejarlo respirar. Martín no tardó en cesar sus intentos de liberarse.

El androide hizo una incisión semicircular de unos tres centímetros, metió sus dedos hasta encontrar la diminuta caja oblonga que era la computadora y la retiró con delicadeza. Luego de esto, ambos androides soltaron a Martín al unísono, quien cayó al suelo sin aliento.

Los androides caminaron hasta Atencio, le entregaron el diminuto objeto y permanecieron junto a él aguardando instrucciones. Atencio lo examinó con cuidado y le limpió la sangre con un pequeño pañuelo blanco que volvió a poner en el bolsillo de su camisa, se dio media vuelta y caminó unos pasos para conectarlo a una interfaz en forma de pedestal de la cual emergió una imagen holográfica cuadrada con un prompt titilante en la esquina superior izquierda. Atencio dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. Levantó la vista buscando a Martín, para hablarle de lo fútil de sus esfuerzos, pero este ya no estaba allí, lo vio unos metros más adelante corriendo como mejor podía en dirección al Argo, titubeó unos segundos sobre qué hacer, miró el pedestal sintiendo la urgencia por completar su misión, pero no podía simplemente dejarlo ir.

—Deténganlo —ordenó Atencio y se dio vuelta para continuar examinando la computadora—.

Martín no dejaba de mirar hacia atrás mientras corría, así vio cuando los androides iniciaron su persecución, estaba apenas a unos metros del Argo, pero corría

con mucha dificultad, con seguridad, los androides le darían alcance antes de llegar a la cápsula.

Ajeno a la persecución, Atencio tecleó unos comandos y presionó la tecla «enter», la pantalla se limpió y el prompt volvió a aparecer. Tecleó de nuevo el comando, obteniendo el mismo resultado, el prompt siguió esperando, titilando en la pantalla.

Atencio, frustrado, siguió escribiendo distintas órdenes cada vez con más exasperación y el resultado siempre fue el mismo, un cursor a la espera de una nueva orden que jamás sería ejecutada. Minutos atrás, cuando sabía que luchar contra los androides era una causa perdida, Martín, se había llevado las manos a la cara y había ordenado a la computadora eliminar todo lo que en ella existía, ahora, la computadora era un pedazo de circuitería inservible.

Atencio apretó los puños, enceguecido por el odio. Temblando de furia, lanzó un puñetazo al pedestal y lo hizo estallar en cientos de pedazos. Aún preso de la furia, Atencio pudo leer un breve mensaje que apareció proyectado directo en su retina; Actualización del módulo Casandra instalada.

Actualización en progreso - 98 % completado.

Martín, forzando su maltrecha humanidad al extremo, corrió aún más fuerte, por fin, estaba frente a la cápsula. Mientras escalaba el aparato para abordarlo volteó para ver a sus persecutores, y aterrorizado, los vio separarse del suelo y volar por los aires luego de dar un salto destinado a terminar justo donde él se encontraba. El hombre, esperando lo peor, se cubrió la cabeza instintivamente.

Los androides nunca aterrizaron, fueron interceptados en el aire por un enjambre de cientos de drones que los hicieron caer a varios metros de distancia. Al escuchar el estruendo, Martín abrió los ojos y se encontró con la inaudita escena.

No daba crédito a sus ojos, los androides se rebatían en el suelo mientras drones de distintos tamaño los impactaban desde todas las direcciones. No había tiempo para el estupor, dio la espalda a la escena, culminó su escalada y entró a la cápsula, cuando se acomodó en su puesto dentro del Jasón y la compuerta comenzó a cerrarse pudo ver que los androides ya se habían levantado y corrían hacia él, ajustando sus parámetros a las nuevas circunstancias atravesaban el enjambre sin mayores dificultades. Los drones, que seguían estrellándose a decenas contra ellos, apenas si podían retrasarlos, la compuerta se cerró y la cabina inició su movimiento hacia la fosa.

Martín sintió fuertes golpes contra la cabina que venían del exterior, el descenso casi en caída libre lo tomó por sorpresa ya que no lo recordaba. Luego de iniciado el descenso los golpes cesaron y esto lo tranquilizó un poco. Al llegar al fondo, el Jasón tomó la posición horizontal e inició su movimiento a través del túnel del acelerador, Martín dejó caer la cabeza en el acolchado de la cápsula y por absurdo que pareciera, descansó.

9 DESTINO

El ascenso de Jasón despertó a Martín, quien había dormido todo el viaje. La cápsula se abrió con su habitual violencia y Martín salió nuevamente expulsado de ella, esta vez cayendo plantado sobre sus pies y haciendo un barrido con la vista para analizar la situación en medio del intenso terremoto que había dejado antes de irse.

En medio de las sacudidas, los puntales de madera que sostenían el tobillo de la estatua explotaron en una lluvia de astillas y la gigantesca figura colapsó como alguien que pierde el conocimiento, desplomándose hacia un lado con un tronido ensordecedor y una densa nube de polvo gris que se expandía en todas direcciones.

Grandes trozos de roca cayeron sobre el Jasón, abollando la compuerta de la cápsula mientras que otros escombros se precipitaron hacia la fosa que llegaba hasta el Argo. Martín se cubrió de los pedruscos que llovían y corrió para alejarse del derrumbe y ponerse a resguardo.

Llegó a un callejón cercano y se ocultó en las sombras. Unas manos le tomaron por el pecho zarandeándolo.

—¿Qué coño haces aquí?

—¿¡Qué!?

—¿Qué coño haces aquí? ¡Me quedé para cubrirte maldita sea! No vas a poder irte, la estatua se derrumbó sobre el Argo, no vas a poder irte, ¡maldición!

—Ya, ya... ¡Ya estoy aquí! ¡Ya llegué!

—¿Cómo?

—¡Ya volví! ¡Ya estoy aquí!

Sólo en ese momento, Manning se fijó en lo sucio que estaba su compañero, en su cara y ropas ensangrentadas. El suelo se movía con menos intensidad y los gritos alrededor habían cesado. Ambos se adentraron aún más en la oscuridad del callejón y se sentaron en la acera, el temblor había pasado por completo, Martín se echó hacia atrás y se acostó en el pavimento extendiendo los brazos hacia los costados.

—¿Qué pasó? Todo... todo sigue igual — dijo Manning casi en un susurro.

—Lo he hecho. No era posible hacer nada más.

Martín, abstraído de la existencia de todo lo que le rodeaba, pensó en el Argo, el Argo podía haber quedado inservible y él podría estar atrapado, varado para siempre, siendo un fugitivo, un paria. El mayor asesino de la historia, el hombre más odiado de la historia. ¿Lo merecía?, ¿podría soportarlo?, ¿había entonces destruido la humanidad o la había salvado? Buscaba respuesta sabiendo que su búsqueda era estéril, no había respuesta alguna y solo sentía hundirse bajo un peso aplastante, el peso de millones de seres humanos que le oprimían contra la Tierra.

Con ojos extraviados, miraba indiferente el paso de nubes cenicientas que flotaban contra un cielo de obsidiana. En una de ellas pudo ver la figura de un gato..

Contenido

1 CICLO	7
2 VIAJE	14
3 REVELACIÓN	22
4 REFLEXIÓN	30
5 ESCAPE	45
6 RECIBIMIENTO	58
7 DECISIÓN	66
8 HUIDA	81
9 DESTINO	93

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 14 días del mes de julio de 2023, en el marco de la 5ta Feria Independiente del Libro de Maracaibo; el mismo del nacimiento del poeta Carlos Ildemar Pérez.